S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

TRÁFICO SINIESTRO



TRÁFICO SINIESTRO



Tráfico siniestro

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 14.864 - 1961
Número de Registro: 2.511 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

—¿Crees que ese empleo te conviene realmente, Hendrick?

—Estoy seguro, Elma. Es justamente lo que necesitamos. Sabes que, de otro modo, nadie me hubiera empleado. No es fácil que un convicto encuentre ocasión de redimirse, de volver a la sociedad. El mundo ha progresado mucho en los últimos cincuenta años. Pero no hasta ese punto.

—Hendrick, tú cumpliste tu condena. Tu deuda con la Ley se extinguió. Ya no tienes a la SIP detrás de ti, ni te buscan los agentes por delito alguno. Eres un hombre honrado. Y quieres seguirlo siendo. ¿Por qué no han de concederte las oportunidades a las que tiene derecho cualquier ser humano?

—Porque para ellos, no soy un ser humano, Elma.

—Hendrick, no digas cosas horribles. Nadie puede hacer una cosa así. Los derechos del hombre, la civilización actual...

—¡Derechos del hombre, civilización! —Hendrick hizo un gesto de ira—. ¡Maldito sea todo ello, si así entienden el progreso humano y la libertad del ser inteligente sobre la Tierra!

—Estás perdiendo la serenidad, Hendrick.

—¿Y qué? ¿No he perdido ya otras cosas, o me las han hecho perder los demás? No puedes reprocharme que sea una especie de salvaje irritado. Ellos lo han conseguido. En cierto modo, soy obra suya.

—Hendrick, por Dios... Recuerda lo que dijo el señor Parks...

—¡El señor Parks, el inteligente, honrado y juicioso Duncan Parks...! ¡Otro como todos los demás! Es muy fácil hablar, muy bonito decir cosas que suenen bien, cuando no se ha sufrido persecución, odio y rencor... Él, como todos los agentes de la SIP, se sienten satisfechos sólo con la humanitaria tarea de enviar cautivos a las penitenciarías terrestres o espaciales... Es una gran obra, según ellos. Y tal vez lo sea en muchos casos. Hay criminales, delincuentes que merecen todo el rigor de la Justicia. Pero otros, delinquieron porque las circunstancias se pusieron contra ellos. Yo mismo, Elma, y tú lo sabes. Pero ¿qué logro con purgar mi delito, con rendirme a ese maldito

Duncan Parks del que tanto hablas, sin disparar siquiera contra él, cuando podía hacerlo, ya que él estaba desarmado y yo llevaba una pistola magnética...?

—El Tribunal tuvo eso en cuenta. Y la propia SIP prestó declaración en tu favor, por medio de Parks y de otros agentes, testigos del suceso. Se te redujo la pena, Hendrick a solamente dos años de prisión.

—¡Sí! ¡Y los cumplí! —Hendrick golpeó con energía sobre la mesa de vidrio plastificado, con una mano recia como un mazo. Clavó los febriles ojos azules en su esposa—. ¿Y qué? ¿Ha servido de algo? ¡No! ¡Ahora, cuando salgo arrepentido, dispuesto a luchar, a defenderme en la vida, a ser honrado y olvidar que una vez cometí un delito, esa gentuza me cierra las puertas, me pone las más burdas y groseras excusas... y ni siquiera tengo nada que ofrecerte, nada que traer a casa, nada que ganar, para que iniciemos una nueva vida decente!

—Por favor, Hendrick, ya te dije que mis pequeños ahorros de estos años... los "créditos" que he podido reunir con mi trabajo en la Oficina Internacional de Vuelos Espaciales, bastarán de momento, hasta que puedas trabajar en alguna parte, hasta que esa muralla de hielo caiga, y vuelvas a tener un contacto directo y vivo con el resto de la sociedad, del mundo...

—¡Al infierno la sociedad y el mundo, Elma! —estalló con ira Hendrick —. Prefiero trabajar. Y ya lo ves...

Señaló con mano firme la mesa inmediata, donde reposaba el sobre cerrado que un momento antes, había mirado con amargura la joven esposa de Hendrick.

—Ya lo ves, Elma —prosiguió él—. Ahí tienes mi primer dinero, a la firma del contrato. Son dos mil «créditos». ¿No bastará hasta mi regreso?

—Es posible que sobre, incluso —suspiró Elma—. Pero a mí no me preocupa el dinero, querido. Me importas tú. No quisiera que volvieras a meterte en líos.

—¿Líos? ¿Qué lío puede haber en un simple viaje espacial?

—Mucho... si ese viaje no consta registrado en el diario de la Oficina Internacional de Vuelos Espaciales. Sabes que la última disposición legal de la Federación Intermundial del Espacio, prohíbe los vuelos clandestinos, que no estén previamente reconocidos y autorizados por la Oficina en que yo trabajo...

—Tonterías, Elma. Tonterías —refunfuñó Hendrick—. Hay gente que realiza vuelos comerciales sin registrar. No quieren pagar impuestos, simplemente, o no desean que sus competidores se enteren de ciertos movimientos de sus flotillas comerciales. No tiene nada de delictivo. La prueba es que firmé contrato, que todo se hizo legal, honradamente.

—¿Cómo dijiste que se llama esa sociedad para la que vas a trabajar, Hendrick?

—Oh, eso no importa mucho. Pero si quieres saber su nombre, ahí tienes la tarjeta del que me contrató. Es su gerente, Elma. Para cualquier informe o cualquier cosa que necesites, durante mi ausencia, ponte en contacto con él. Ése es el número de su televisófono, y la dirección es la de su vivienda particular.

—No me gusta eso. ¿Por qué no figura ahí la dirección de la sociedad, su nombre o algo así?

—Ya te lo dije. No quieren publicidad. Y cuanto menos gente sepa que hacen esos viajes sin autorización, tanto mejor.

—Lo que saben muy pocos, no puede ser bueno. Forzosamente oculta algo feo, Hendrick —dijo lentamente Elma, tomando entre sus dedos el rectángulo plástico con un nombre, unas señas y un número de televisófono:

AARON WESSEL

7.823, 21st. Century Avenue — TVF CENT. 135-789-42

—Tonterías, Elma —replicó tajante Hendrick, repitiendo su cantinela de antes—. Todo está en regla, y yo lo sé. El sueldo que ganas tú con ese empleo en las oficinas, apenas puede darnos para comer. Y yo no quiero verte trabajar a ti sola, mientras yo como a tu costa, después de dejarte dos años a tu propia merced. No es justo ni digno.

—Hendrick, no debes decir esas cosas. Yo lo haré gustosa hasta que tú encuentres trabajo...

—Ya tengo trabajo —sonrió Hendrick, inclinándose para besar la mejilla de Elma—. De modo que olvida todo lo anterior. Deja tu oficina y ven a casa. Yo volveré cada mes, y percibiré otros dos mil «créditos». Después de un período de quince días, un nuevo viaje. Y así, indefinidamente.

—¿Sabes cuál es la pena, si descubren que se hacen viajes clandestinos al espacio? —le preguntó de súbito Elma.

—Sí —su marido soltó una leve carcajada—. La pena es de un mes de prisión, en el primer viaje... para los que han planeado y realizado el viaje. Y de una multa para los que trabajen a las órdenes de esa gente, con un máximo de siete días de arresto Merece la pena el riesgo. Es un delito menor. Si se reincide, la pena aumenta. Pero yo no reincidiría. Y aún hay más, querida. Te lo diré para tu tranquilidad: si el que viaja, sea piloto o simple funcionario, lo hace bajo contrato, y creyendo viajar legalmente, está exento de toda responsabilidad.

—Pero tú sabes que no haces legalmente el viaje.

—Eso es lo que yo «sé». Sin embargo, para salvaguardarme, la sociedad me firmó contrato, conforme ignoro ese detalle. Incluso especifican allí el número oficial de vuelo, según el Registro Internacional. ¿Satisfecha, querida?

—Debería de estarlo... —Elma meneó la cabeza de un lado a otro, pesarosa—. Pero lo siento, Hendrick... No puedo conseguirlo, a pesar de todo...

* * *

Elma cerró el archivo con un suspiro. Todos los números de registro de los vuelos efectuados en el último mes, figuraban allí claramente. Ninguno, naturalmente, sería el de Hendrick Martins y su sociedad fantasma.

Se alejó de la sección. No era la suya, y aunque pretextó buscar unos datos de Registro Internacional no quería despertar sospechas con una excesiva curiosidad. Regresó a su propia sección y continuó la labor cotidiana, mordiéndose el labio inferior nerviosamente.

El pasado jueves había hecho un mes de la marcha de Hendrick. Era lunes. Y él no había regresado. Esperó hasta entonces. Pero no iba a aguardar más. Su marido le dijo que sería puntual en el regreso. Sabía que un vuelo espacial, aun en el Siglo XXI, era algo sujeto a mil imponderables que podían atrasarlo o reducirlo. Pero al menos, deseaba una explicación, un informe que aclarase sus temores y recelos.

Aquella mañana, le pareció más larga que nunca la carrera del reloj eléctrico hacia su hora final de tarea cuando el timbre sonó señalando el final de la labor cotidiana. Elma salió con más prisas que nunca, se lanzó virtualmente dentro del ascensor magnético, que la situó en un instante en la planta inferior del gran edificio de setenta pisos donde se alzaba la Oficina Internacional de Vuelos Espaciales, en Nueva York.

Ya en el vestíbulo, buscó una de las cabinas de televisófono, y entró en ella, cerrando tras de sí la puerta de cristal negro y opaco. Descolgó el receptor. Se iluminó la pantalla fluorescente con el rótulo de: "MARQUE SU NÚMERO, POR FAVOR".

Elma lo hizo, después de buscar nerviosamente en el bolsillo. Puso ante sí la tarjeta. Su dedo marcó en las negras teclas de letras luminiscentes, el número deseado:

CENTURY, 135-42

Luego, esperó. En la pantallita apareció el rótulo verde: "COMUNICAN".

Colgó. Esperó unos minutos, respirando agitadamente. Volvió a marcar, con el mismo resultado. Diez minutos más tarde, probó suerte de nuevo. Y por tercera vez, el rótulo verde le señaló que la línea estaba interceptada.

Salió del gran edificio. Un turbomóvil de alquiler la condujo al Distrito Residencial F, del Sector Suburbano en el Nivel Tres de New York City. Allí, antes de entrar en su casa, resolvió intentarlo de nuevo. El turbomóvil había

tardado casi un cuarto de hora en sortear el denso tráfico aéreo y de suelo, a través de la enorme ciudad. La Vía Aérea del Nivel Tres era una de las más pobladas, por el gran contingente de trabajadores de los Distritos Residenciales F, G, H, I, J, y K, en el centro laboral de la urbe.

En un establecimiento público, probó fortuna. Pero CENTURY, 135-789-42, seguía comunicando. Demasiado largo el período transcurrido, para que a Elma le pareciese normal aquello.

No fue a casa. Regresó al exterior y tomó un turbomóvil que regresaba al centro. Le señaló:

—Lléveme el número 7.823 de la st. Century Avenue, por favor.

—Eso está lejos —silbó el conductor—. Le costará caro el viaje.

Respondió:

—No importa. Lléveme. Y pronto. La tarifa del viaje me importa poco.

El conductor se encogió, de hombros y pulsó el resorte de gran velocidad y marcha aérea. El turbomóvil se elevó sobre los rascacielos, abandonando el suelo, y sobrevolando las rutas aéreas. El coste de los viajes urbanos por aire era mucho mayor, por el consumo de energía reactora, pero el viajero mandaba. Y la mujer parecía tener mucha prisa, a juicio del chófer.

Ni siquiera siete minutos tardaron en llegar, pese a que los últimos tres minutos hubieron de limitarse a una de las anchas rutas aéreas de la ciudad, hasta la Avenida del Siglo XXI.

El 7.823 estaba en el Nuevo Canal Doce del Hudson. Un largo trecho, como había dicho el conductor acertadamente. Y allí, al detenerse el vehículo, Elma Martins lanzó una exclamación sin llegar a descender del mismo.

—Ha debido confundir la dirección —dijo al conductor.

—¿Yo, señora? —el hombre pareció irritado—. ¿No me dijo el 7.823?

—Sí, eso es lo que dije.

—Pues bien, señora, mire ahí.

Elma lo hizo. Escrutó el lugar hacia donde señalaba el índice del hombre. Vio el rótulo anunciador, con letras fluorescentes sobre la tabla plástica y llamativa: «Terrenos adquiridos por la «Gainstree Popular Corp», para sus futuras sucursales urbanas. Numeración oficial de la Avenida, desde el 7.811 al 7.843».

—¿Entonces... el número ese no existe? —musitó.

—No existe todavía, señora. Ni ha existido antes, porque la Avenida termina precisamente aquí. Ésa será la prolongación que esa corporación de fincas añadirá a la misma... ¿No cree que ha madrugado un poco, señora?

Elma no respondió. Ante el estupor del chófer, que empezó a dudar de su estado mental, se echó a llorar desconsoladamente. El hombre solamente pudo percibir, entre los sollozos, unas palabras incoherentes, que no logró

comprender en absoluto:

—Dios mío... La dirección no existe... El teléfono tal vez tampoco, o sea, uno en desuso... «¡Y quizás el hombre, Aaron Wessel», tampoco! ¿A quién pregunto yo entonces? ¿Quién va a poderme decir dónde está Hendrick, y qué ha sido de él?



CAPÍTULO PRIMERO

LA GENTE FANTASMA



E agradeceré que sea rápida, señora Martins. ¿En qué puedo ayudarla?

—Comprendo que sus ocupaciones son muchas, señor Parks. Procuraré ser breve, pero acaso no resulte fácil de contar en cuatro palabras, y me lleve algo de tiempo referirle las cosas. Eso posiblemente le entretendrá demasiado y...

—No, no es por eso —sonrió Duncan Parks, agente especial de la «Spacial International Police»—. No me importaría que me entretuviese cuanto fuera preciso, señora Martins. Me gusta atender a las personas en apuros, sobre todo si esas personas se relacionan con alguno de los casos en que intervine. Y usted, señora Martins, muy en especial, ya que su esposo fue uno de esos hombres que, aun lamentándolo, tuve que arrestar por orden de la ley. Se portó muy noblemente cuando me encontré sin armas frente a él, y pudo eliminarme con toda facilidad.

—Por eso he venido a verle, señor Parks. Usted me dijo que si alguna vez precisaba algo...

—Exacto. Eso le dije, y lo repito. Lo malo es que ahora me coge usted en el momento preciso en que debo salir de viaje. Y no precisamente hacia ningún lugar de nuestro planeta, sino en dirección a Luna Término, para una misión especial. Tengo los minutos contados, para coger un «rocket» de línea. De modo que...

—Lo comprendo, señor Parks. Y le ruego disculpe mi inoportuna visita —Elma pareció súbitamente desilusionada—. Pero lo cierto es que me destruye usted toda esperanza al notificarme que se marcha, que va a estar ausente... Quizá cuando más falta me hace, cuando usted es la única persona en quien confío para que me ayude...

—¿Ayudarla a qué, señora Martins? Tengo entendido que su marido cumplió ya la condena, con reducciones por su buen comportamiento y...

—Sí, sí, no es eso. Me refería a ayudarme... a encontrar a mi esposo.

—¿«Encontrarle»? —Duncan Parks dejó de hacer su equipaje. Enarcó las oscuras, bien delineadas cejas, sobre sus profundos ojos, de un verde intenso, y estudió con sorpresa a su visitante—. Temo no entender bien del todo, señora. ¿Dónde he de encontrar a su esposo?

—Es lo que yo quisiera saber. Ha desaparecido. No hay el menor rastro de él.

—¿Desaparecido? ¿Cómo pudo desaparecer? ¿Y en qué ocasión?

—Es lo que he venido a contarle, señor Parks... ¿Cree que podrá escucharme?

Duncan examinó su cronómetro y frunció levemente el ceño.

—Dispongo apenas de diez minutos, suponiendo que sólo tarde cinco en llegar al espaciódromo. Trate de aprovecharlos del mejor modo posible, y reláteme lo que sucedió con su esposo...

—Gracias, señor Parks —suspiró ella cansadamente—. Trataré de hacerlo lo más rápida y claramente posible. Verá, señor. Todo comenzó cuando Hendrick vino a casa, tras varias semanas sin hallar trabajo, y me dijo que, por fin, traía dinero y un contrato firmado...

* * *

Depositó el pequeño maletín en la repisa superior, y se acomodó con un suspiro, echando una ojeada a las aeropistas del espaciódromo, con aire cansado.

Para muchos de los que le rodeaban, aquel viaje significaba algo memorable. A pesar de que llegar a la Luna hacía muchos años que había dejado de constituir ningún prodigio, los viajeros de los «rockets» de línea, en los principios del siglo XXI, eran algo así como los turistas del aire en los vuelos aéreos de 1930, por ejemplo. Entonces, volar aún era una emoción inédita o casi inédita para muchos. Seguía siéndolo, incluso, diez o quince años después, a pesar del gran avance de la aviación terrestre.

Ahora, tras la llegada a la Luna, muchos años atrás, el establecimiento de bases terrestres y la organización de vuelos regulares y vertiginosos al astro de la noche, mucha gente era todavía «novata» a la primera gran travesía espacial lograda por el hombre. Y su nerviosismo, su excitación delataban claramente

a los que iban a sufrir el «bautismo del espacio».

Él, Duncan Parks, no era de ésos, por suerte o por desgracia. Para él, casi desgraciadamente. Se conocía todas las rutas aéreas, oficiales o no. Había realizado vuelos experimentales y científicos, técnicos y profesionales, a Marte, al brumoso Venus y a otros lugares del espacio, asequibles al hombre. Saltar a la Luna carecía para él del menor factor emocionante. Era una rutina más. Y, como cualquier vuelo al espacio exterior, para Duncan Parks resultaba terriblemente aburrida, incluso como rutina.

—Compartimento R, asiento 34 —dijo una voz cerca de él—. Aquí, señorita.

—Gracias —respondió a la azafata, otra voz igualmente femenina.

Una sombra se interpuso entre Duncan Parks y la empleada de a bordo. Una dama se sentó junto a él, y por un fugaz y delicioso instante, la propia flexión de sus piernas, la forma de sentarse, agitó su falda ligeramente, y Parks contempló a su sabor unas bellísimas extremidades femeninas.

Pero en el acto terminó la visión, al caer la falda. Alzó los ojos. Se encontró con los de la muchacha, poco amistosos por cierto. Eran grises y muy bonitos. Como ella, como sus labios rojos como su agresivo seno juvenil y sus firmes líneas bajo la cintura esbelta.

—¿Satisfecho, señor? —preguntó ella fríamente.

—Oh, sí —sonrió Duncan, cínico—. Son muy bonitas.

—Gracias —replicó la muchacha con ira mal contenida. Se volvió a la azafata—. Supongo que no hay más asiento que éste en el «rocket», ¿verdad?

—Por supuesto —asintió la azafata, disimulando su sonrisa, por el incidente—. En estos vehículos del espacio no es fácil cambiar de asiento, a no ser que se lo solicite a un viajero...

—Si quiere cambiar conmigo... —bromeó Parks, irónico.

—Creo que eso no resolvería nada, señor —replicó ella, muy fría.

La azafata le entregó el libro o folleto de vuelo, donde aparecía, junto a un brillante mapa multicolor de la Luna, con sus estaciones terrestres, un detallado indicador de horas y de incidencias del vuelo. Un bonito recuerdo para el que quiere decir, siempre «snob», a sus amigos menos afortunados:

—Oh, sí, ya veis... Eso es de cuando fui a la Luna y...

Por suerte, él ni siquiera recogía tales folletos. La chica vecina lo hizo, alisándose las faldas con mucho cuidado. Parks opinó suavemente:

—Creo que no hay razón para que se moleste conmigo. Yo no le dije nada. Me limité a mirar.

—Según cómo se mira, un hombre resulta muy insultante.

—Depende de que la mujer sea la que enseñe. Uno no tiene entonces la culpa.

—Conozco la excusa. Pero si le complace saberlo, le puedo informar que la culpa es enteramente suya, en este caso. Me irrité un poco excesivamente, lo admito. Pero es que he subido a este «rocket», ya malhumorada por cuestiones mías. Disculpe, si he sido inoportuna en exceso.

—Está disculpada. Perdóneme a mí también —Duncan esbozó una sonrisa—. Creo que para hacer un viaje así, es preferible compartir los asientos vecinos como buenos amigos. O, al menos, como correctos compañeros, señorita.

—Está bien. Lo intentaremos —ella, a su pesar, sonrió también ligeramente.

—¿Es el primer viaje a la Luna?

—Sí.

—¿Vacaciones?

—Eso es —le miró, con cierta sorpresa—. ¿Siempre que pregunta algo es para que le digan que sí?

—Por desgracia, no siempre. Una vez pregunté a una chica si quería casarse conmigo. ¿Se imagina la respuesta?

—Es la pregunta que una mujer acostumbra a contestar afirmativamente, noventa y cinco veces de cada ciento.

—Pues inclúyame en las cinco restantes y acertará.

—¿No tiene éxito con las chicas?

—Al parecer, no. Hace un momento, ha podido, comprobarlo.

—Perdóneme una vez más —sonrió la joven—. Venía nerviosa, excitada. A última hora, estuve a punto de perder mis vacaciones. Trabajo en una clínica privada, en Melbourne. No se daba un caso grave desde hace días, y el doctor Elwood me concedió el permiso para disfrutar de mis vacaciones. Pero en estos últimos días se presentaron varios casos de peste.

—¿Peste? —se sorprendió Duncan—. Creí que era una clase de dolencia desterrada por los últimos medicamentos logrados por la ciencia.

—Se trata de una peste nueva, una plaga diferente. Alguien dice que puede ser un virus traído de otros planetas, algo que podríamos llamar «microbio espacial». Lo cierto es que hubo diversos casos en Australia últimamente. Melbourne padeció concretamente veinte o treinta casos. Y en nuestra clínica hubo hasta cinco víctimas. Las dos últimas murieron precisamente al abandonar yo el establecimiento. Tuve que volver, ocuparme de todo... y casi pierdo el aerotren. Fue preciso que tomase un turboplano hasta la inmediata estación, donde tomé el aerotren. Con unas cosas y otras, llegué al espaciódromo de mal humor. Espero sepa disculparme...

—Por supuesto. ¿Es usted enfermera tal vez?

—Sí. Dirijo una sección, la de Casos Urgentes. Una acaba allí con los nervios destrozados, por mucho temple que tenga.

—Lo comprendo. Está olvidado el incidente, señorita...

—Raymond. June Raymond.

—Mi nombre es Parks. Duncan Parks. Me dedico... —sonrió, tras una rápida reflexión—. Me dedico a escribir reportajes para televisión y cinescopio.

—De modo que será usted un veterano del espacio —rio la joven y bonita enfermera—. En los programas televisados raro es el día que no surge la Luna, Marte, Venus o las incidencias de los viajes interplanetarios...

—Por desgracia o por suerte, así es —Parks señaló ante sí, al luminoso que acababa de encenderse en el muro—. Mire eso, señorita Raymond. Significa que ya puede tenderse hacia atrás y ajustar su cinturón de seguridad. La presión es enorme cuando las naves abandonan la superficie terrestre, dada la velocidad inicial. Luego, cuando vea cambiar la luz de ese indicador, y pase al naranja, será señal de que ya puede respirar tranquila. Los estabilizadores de presión, de gravitación y toda clase de equipos especiales a bordo estarán ya funcionando, para contrarrestar esos serios inconvenientes.

—Gracias por sus informes, señor Parks. Nunca está mal llevar al lado a un veterano en vuelos espaciales. Una se guía mejor, y sufre menos sorpresas desagradables.

—Oh, no tema. Un vuelo a la Luna o a otro planeta no es tan grave ni espantoso como muchos creen. Ahora será mejor enmudecer hasta el despegue. ¿Oye ese silbido estridente bajo nuestros pies, que hace vibrar la nave?

—Sí...

—Son los reactores nucleares. Dentro de pocos momentos, saldremos disparados hacia el espacio exterior.

—¡Dios mío!

—Pero le repito que nada tema. No va a ocurrir absolutamente nada... Sin darse cuenta siquiera, se encontrará en la negrura del vacío, muy lejos de la Tierra, y avanzando hacia nuestro satélite...

* * *

—¿Lo ve? —su mano señaló con un ademán hacia el negro exterior, salpicado de lejanas luces brillantes, como remotos faros colgando en la negrura eterna—. Tal como se lo dije. Apenas se ha dado cuenta... y ya volamos hacia la Luna.

—Parece que estemos quietos, suspendidos en el vacío —comentó June Raymond, alarmada—. ¿No cree que los motores se habrán parado y...?

—No, claro que no. Lo que ocurre es que carecemos de puntos de referencia para advertir que avanzamos. Pero estamos moviéndonos. Cuando en las ventanillas aparezca la Tierra o la Luna, verá cómo no estamos

inmóviles, sino cruzando el espacio a una velocidad realmente formidable. Son unas pocas horas, hasta que nos posemos en la Luna.

—Debe creerme muy tonta al preguntar todas esas cosas, ¿no es cierto, señor Parks?

—Claro que no. Son preguntas normales en una muchacha que por vez primera se lanza a esta aventura. Cuando haga tres o cuatro veces más esta travesía, será usted la que informará a su compañero de turno. Es inevitable.

—Supongo que así debe de ser... —suspiró la joven June Raymond.

Hubo unos instantes de silencio. La novel viajera asistía, maravillada, al panorama fabuloso que se descubría por las amplias vidrieras laterales, curvas y muy límpidas, de la nave espacial.

Duncan la dejó sumida en sus pensamientos, para dedicarse él mismo a pensar en sus propias cosas. Y entre estas ocupaba un lugar preferente una mujer llamada Elma Martins, esposa de un hombre desaparecido, llamado Hendrick Martins, que anteriormente fuera condenado a la Penitenciaría Internacional, por un delito de tráfico de drogas planetarias.

Lo sorprendente, no era que Hendrick hubiera desaparecido, sino las circunstancias que rodeaban esa desaparición. Un fantástico Aaron Wessel, en una fantástica dirección... y con un televisófono que en realidad correspondía a una central electrotérmica, era todo lo que sabía Elma de la gente que contrató a su marido. Ella no había visto aquel contrato, ignoraba quiénes eran los que pagaban a Hendrick, y el vuelo no estaba oficialmente registrado, conforme a la ley, ni había sido detectado por las Patrullas Volantes de la Guardia Aérea o de la propia SIP.

¿Adónde había volado Hendrick Martins? ¿Quiénes le contrataron y por qué dieron una dirección falsa? El nombre mismo de Aaron Wessel no correspondía a nadie. Había un Aaron Wadell que era funcionario de la Organización de Estados Federales de la Tierra. Era el nombre más similar al que figuraba en la tarjeta, pero no podía ser el mismo. Otro hombre, Aaron Wells, había muerto años atrás. Era un famoso financiero. Y ahí acababan las pistas. Nadie más parecía ser Aaron Wessel. El nombre olía a falso. Pero en los pocos minutos con que contó Duncan Parks para investigar algo era imposible obtener resultado positivo alguno. Y así se lo comunicó a Elma, prometiéndole, sin embargo, que regresaría pronto de la Luna, y la ayudaría a resolver su problema, si para entonces Hendrick no había aparecido aún.

Pero en realidad, cuando hizo la promesa, ni él creía en la efectividad de lo que pudiera hacer, ni Elma tenía tampoco la menor confianza en todo ello.

Si hubiera sabido todo eso una semana atrás, es posible que hubiese podido resolver algo. Pero ahora las órdenes de Donald Callowan, jefe supremo de la «Spacial International Police», eran tajantes, rotundas. Había una misión a cumplir en Luna-Término, y era preciso cumplirla.

Trató de recordar nuevamente los hechos que, como agente especial de la

SIP, le interesaban más. Buscaba a dos hombres, los hermanos Christian. Ralph y Ned Christian, reclamados por la Ley Internacional, bajo la acusación de tráfico ilegal de platino y del nuevo y raro mineral hallado en algunas vetas de la Luna y del Asteroide R-17, «aureplatium». Un mineral riquísimo, cuyas peculiaridades y propiedades básicas venían a ser como una fusión de los que se hallan en el oro y el platino. De ahí su definición.

Pero los Christian, tras vender la cantidad de mineral, lo bastante fuerte como para sospechar un tráfico ilegal o un robo sin paliativos, en los mercados clandestinos de la Tierra, habían desaparecido. Alguien informó de la presencia de un hombre que respondía a las señas de Ralph Christian, en Luna-Término. Y allá iba Duncan Parks, como agente especial de la SIP, con la misión específica de capturar o de seguir la pista al delincuente. Y, de ser posible, a ambos hermanos. Si, además, obtenía pruebas o datos para desarticular la banda de traficantes, tanto mejor.

En la Luna estaba también la más fuerte sociedad minera especializada en platino y aureplatium. Era esa la «World Mines Fansworth», en su sucursal selenita, dependiendo de la central de Tennessee. El propio Sherman Fansworth, dirigente y propietario de la empresa, se hallaba desde hacía tiempo en Luna-Término, al frente de su sucursal lunar, en vez de hallarse en Tennessee. El viaje de Duncan Parks, por lo tanto, alcanzaba a la vez varios objetivos. La colaboración de Fansworth y su grupo minero podía tener una gran importancia en el caso a desentrañar.

—¿Alimentos, señor?

La voz de la azafata le arrebató de sus pensamientos. Se volvió, aceptando con una sonrisa la bandejita plástica de alimentos. June Raymond tenía otra ante sí, y estaba comenzando a probarlos, con una sonrisa juvenil, que hacía más encantador su rostro.

—La emoción no logró quitarme el apetito, después de todo.

—La felicito. Debe de ser la experiencia en su labor cotidiana en la clínica esto viene a ser un pasatiempo...

—No me recuerde aquello... —se estremeció ella sensiblemente—. Cada vez que pienso en mi último paciente... Era un pobre infeliz, un hombre que pedía desesperadamente seguir con vida... Pero nadie podía salvarle. La peste había hecho presa en él. Yo le vi morir, retorcerse en el lecho...

—Por favor, no evoque todo eso —pidió Duncan—. Mi estómago resiste, pero tal vez el suyo no, y sea incapaz de tomar alimentos.

—Una enfermera tiene el estómago y la mente a prueba de debilidades, señor Parks. No sufra por mí —sorbió un poco de zumo de frutas marcianas, jugoso y dulzón, tal vez para digerir mejor la amargura de su recuerdo—. Aquel desventurado resultó ser un antiguo delincuente, un tal Stuart Cordell.

—¡Cordell! —Duncan Parks parpadeó, sorprendido.

—Sí. ¿Le conoce tal vez? —June le dirigió una viva mirada de extrañeza.

—Oh. Le... le oí nombrar alguna vez, con motivo de un reportaje para la televisión. Stuart Cordell, ¿eh? Creo que cometió un gran robo en una industria minera de Alaska, en vísperas de ser destinado a una nueva mina en Marte. Eso le hundió. Tenía un cargo importante en esas minas. ¿Era el mismo?

—Sí, el doctor Elwood me lo contó. Al parecer, Cordell ingresó en nuestra clínica con otro nombre, Steve Cordell, o cosa así. Pero finalmente se descubrió su mentira al fallecer. Creo, sin embargo, que una mentira poco importa ya, cuando uno ha dejado de existir, ¿no le parece?

—En efecto. Lo que ignoraba es que Cordell viviese en Australia últimamente. Habían... Habían perdido su rastro las autoridades, según me informé una vez en la SIP, con motivo de un reportaje sobre delincuentes famosos.

—Pues ahora ya lo tienen otra vez. ¿Le perseguían de nuevo?

—No... no lo creo, vamos. Sería simple curiosidad policíaca.

—Sí; el que comete un delito rara vez escapa a la vigilancia oficial, ¿no?

—Se equivoca —Parks evocó ahora el caso de Hendrick Martins, desaparecido en un viaje clandestino—. Lo que ocurre es que quien delinque rara vez deja de insistir, de volver a las andadas. Y eso es lo que la policía no quisiera en modo alguno, señorita Raymond.

—Habla usted como si fuera policía. Les defiende demasiado. Yo, en cambio, no soy de las que creen en la eficacia de ciertos métodos, con antiguos criminales.

—Está en un error si culpa de eso a los policías. No defiendo a nadie. Simplemente, expongo un hecho cierto. Como en todo, hay excepciones. Y esos hombres que vuelven a la senda de la honradez son los que satisfacen a la ley, créame.

—¿Y cree que es fácil volver al buen camino?

—Verá, señorita Raymond. Yo opino que el primer error es abandonar ese buen camino. Pero si se tuvo el valor o la cobardía de dejarlo una vez, se debe de tener el suficiente para volver a él. Sé que se refiere a las dificultades que la propia sociedad, aun la de nuestros días, pone a ese hombre para regenerarse. Pero siempre es preciso luchar contra algo. La sociedad no es siempre el peor y más duro enemigo de uno mismo...

June suspiró, sin apartar de él sus ojos. Finalmente, hizo notar con voz grave:

—Tal vez tenga usted razón, señor Parks. Pero me ratifico en mi primera opinión. Más que un reportero, parece usted un policía...

—Tal vez lo sea —rio irónicamente Duncan, volviendo su atención a los alimentos.

CAPÍTULO II

EN LA LUNA

UNCAN



PARKS de la SIP. Muy bien. Le escucho, señor Parks. ¿Qué espera de mí?.

—Espero cooperación, señor Fansworth.

Sherman Fansworth asintió con su cabeza aristocrática, de cabello plateado, y peinado cuidadosamente. Y una expresión dura asomaba habitualmente a sus ojos grises. Ahora, ante su visitante, en la amplia y luminosa estancia, de aquel edificio lunar, procuró suavizarla lo más posible. Incluso se permitió el lujo, poco habitual en él, de iniciar una sonrisa.

—Me gusta cooperar con la ley —informó—. ¿Qué clase de ayuda ha de ser la mía, y en qué terreno?

* * *

—En el propio terreno minero, por supuesto.

—Eso es lo mío. Me alivia usted de preocupaciones. Lamento no ser un entendido en cosa alguna que no sea la minería. Después de todo, a las minas debo mis millones. No he necesitado mucho más para ser alguien.

—Lo sé, señor Fansworth. Por eso acudo a usted. Su empresa, la *World Mines Fansworth, Inc*. explota por concesión de los Estados Mundiales la mayor parte de yacimientos de valor en la Luna, ¿no es cierto?

—Eso es. Imagino que los informes de mi Empresa, en el archivo de la SIP, serán lo bastante amplios como para no hacer preguntas ingenuas, señor Parks.

—No es una pregunta ingenua, aunque lo parezca. Tiene su derivación importante, y a ella voy.

—Muy bien. Le escucho.

—Entre toda esa propiedad de explotación minera en la Luna, usted controla la de los minerales más abundantes, como son el wolfram, el radium, el tungsteno, el platino, el copradium y el aureplatium, ¿no es eso?

—Pues, en cierto modo, sí.

—¿Por qué «en cierto modo»?

—Porque usted ha citado dos minerales, el platino y el aureplatium, que distan mucho de abundar, ni en la Luna ni en planeta alguno, por pesada que sea su formación mineral.

—¿No abundan esos minerales?

—Por supuesto que no. El platino empieza a ser abundante. Pero en modo alguno el aureplatium. Su escasez es tal, que apenas se obtiene un promedio anual de medio kilogramo, entre todos los yacimientos planetarios. Para obtener un simple gramo de aureplatium, el trabajo de cien hombres y de una central minera, puede llegar a ser de ocho o diez días ininterrumpidos. ¿Se da cuenta de su valor real, señor Parks?

—En efecto, ahora es cuando empiezo a darme cuenta exacta de ello. Por eso era importante que le visitara, señor Fansworth. ¿Es radiactivo ese mineral?

—No. Pero como ocurre, por ejemplo, con los que aspiran plomo durante muchos años, ese mineral puede llegar a producir ciertos trastornos graves en el organismo. Sin embargo, eso no está totalmente comprobado aún, y los análisis clínicos no han revelado una toxicidad concreta. A pesar de todo, mis hombres trabajan en sus yacimientos con máscaras y trajes especiales, para evitar riesgos.

—Entiendo. Eso era secundario. Lo realmente importante es esto: ¿Qué diría usted de una cantidad de aureplatium, hallada en los mercados clandestinos de Casablanca y de Tánger, cuya cifra global, entre ambos puntos, se eleva a un peso de dos kilogramos de aureplatium?

—¡Imposible! —saltó Fansworth, abriendo mucho los ojos—. Eso... eso es un puro disparate. Una cantidad así no la hay actualmente en el mundo, ni siquiera reuniendo todo lo obtenido hasta la fecha. ¿Sabe cuánto valdrían dos mil gramos de aureplatium? ¡Más de doscientos millones de créditos! ¿Se da cuenta de lo inverosímil de esa posibilidad que usted sugiere?

—Mi querido señor Fansworth, no he sugerido ninguna posibilidad. He dicho, pura y simplemente, la verdad. Esa cantidad ha sido comprada y vendida por traficantes de los mercados negros de Tánger y de Casablanca. Se han interceptado algunas cantidades, que están ya en poder de la SIP. Falta hallar el resto del mineral, de acuerdo con las confesiones de los encartados. Todos niegan saber su origen, únicamente conocen a las dos personas que les vendieron las cantidades, por un total de dos mil gramos: Ralph y Ned Christian.

—¡Los Christian! —Fansworth se pasó una mano nerviosa por la amplia frente surcada de arrugas—. Pero... pero es inverosímil... ¡no pueden haber obtenido esa cantidad!

—Les conoce usted, ¿verdad?

—Sí... Ned trabajó conmigo hace años, en Tennessee. Es un gran conocedor de minerales. Pero mala persona. Le despedí en un asunto dudoso, y luego supe que le iban a arrestar, por delitos de hurto y cosas así.

—Entiendo. ¿En cuanto a Ralph...?

—Sé que ha trabajado en la Luna, pero no en mi empresa. Ignoro dónde estará ahora. Creo que trabajaba para Van Buren, el holandés de las minas de selenio.

—Bien, ya veré a Van Buren más tarde. ¿Tiene el holandés yacimientos de aureplatium?

—¡Cielos, no! En este satélite soy el único en poseer tal cosa. En Marte, apenas si obtuvimos una vez unos pocos gramos, y se extinguieron los filones. En el Asteroide R-17, de situación espacial errante, como es lógico, pero cerca del cual viaja, paralelamente a él, la Estación 36 de la Tierra, con personal técnico especializado, hay otros dos yacimientos. Los controla mi empresa también, por autorización oficial.

—¿Nadie, pues, en lugar alguno, explota el aureplatium, lo obtiene o lo vende?

—No, no. Absolutamente nadie. Por su dureza y flexibilidad, se utiliza en mecanismos de precisión, en elementos electrónicos, en instrumentales magnéticos y en cosas así. Soy el proveedor único y oficial de aureplatium. Por eso me sorprenden sus noticias de un mercado negro tan elevado. Lo considero prácticamente imposible, la verdad.

—Pero es real. ¿No ha salido de sus minas ese aureplatium?

—¡Claro que no! Jamás obtuve dos kilogramos de ese mineral. Ni creo que los pudiera obtener nadie, en la actualidad.

—Alguien los ha obtenido. Existió la venta, y su posterior adquisición por diversas personas, a precios fabulosos. La SIP... ha pensado, señor Fansworth, en la posibilidad de que usted esté siendo víctima de robos, de engaños en la explotación de sus yacimientos... y ese aureplatium haya salido de una de sus propias minas.

Fansworth se irguió, muy altivamente. Parecía ofendido por la sugerencia. Miró fijamente a Duncan, y replicó con voz dura, de heladas aristas:

—Acompáñeme, por favor. Voy a mostrarle algo...

* * *

Duncan Parks examinó lo que se distinguía desde la alta torre de material plástico transparente, como una atalaya en medio del vasto territorio lunar donde muchos hombres provistos de cascos de vidrio, con depósitos de aire comprimido, vestidos con trajes de goma azul, y provistos de magnetos gravitatorios que les impedía flotar en el ligero vacío lunar, trabajaban en abrir galerías y extraer vagonetas cargadas de piedra y tierra, en dirección a otro edificio destinado a separar lo inútil de aquellas piezas donde hubiera una veta o un residuo de mineral válido.

Las vagonetas, rojas y ovaladas, avanzaban por vías de corriente eléctrica automática, sin necesidad de conductores ni mandos, entrando y saliendo

interminablemente del edificio destinado a clasificar.

En torno al terreno convertido en gran campo minero, unas alambradas, con postes metálicos interminablemente plantados, formaban la divisoria con la desolada, pétrea, campiña de la Luna. Cráteres y planicies polvorientas se extendían hasta el horizonte, formando la blanca, yerma, superficie lunar recién colonizada por el nombre.

—Ésas son las minas de mi empresa —informó Fansworth, abarcando con un gesto de su mano toda aquella amplitud—. Mírelas bien, señor Parks. ¿Cree fácil robarme aureplatium o cualquier otro mineral?

—Tal vez no sea fácil. ¿Pero sería imposible?

—Prácticamente, lo es. Mire aquellas alambradas. Cada alambre lleva carga eléctrica suficiente para carbonizar a cualquier intruso. Pero también para hacer cenizas a un trabajador que pretendiera sacar clandestinamente del lugar algún mineral. Todo está controlado, rigurosamente vigilado, tiene pasos con células fotoeléctricas o con centinelas especializados, fuera de toda sospecha. Nadie, absolutamente nadie, saca un gramo de tierra o de mineral sin saberlo nosotros. Los registradores-robot, los controladores y contadores de vagonetas llevan al gramo el peso de cada una. Y no hablemos del número de vagonetas, jamás pasado por alto. El hombre y la máquina se unen aquí para llevarlo todo a rajatabla. ¿Quién puede, en tales condiciones, robar nada de aquí, señor Parks?

Duncan Parks inclinó la cabeza, con un suspiro.

—Es cierto. Me doy por vencido, señor Fansworth. En apariencia, sería empresa de fantasmas robar de aquí aureplatium. ¿Las mismas precauciones se adoptan en los demás lugares destinados a la explotación de minerales preciosos?

—Las mismas, amigo mío. Absolutamente las mismas...

—Bien. En ese caso, discúlpeme. Pero la pregunta sigue en pie: ¿de dónde sacarán eses hombres el aureplatium que se ha vendido en el mercado negro?

—Una pregunta desconcertante, señor Parks. Pero que si la SIP no la puede responder, difícilmente podría hacerlo yo... a pesar de ser un experto en minerales.

—Lo comprendo. Gracias de todos modos —con una última mirada al campo minero, suspiró, encaminándose al ascensor—. Será preciso buscar otra pista ahora.

—¿Otra pista? —Sherman Fansworth, el magnate de las minas mundiales y planetarias, le siguió camino del ascensor—. ¿Puede decirme por dónde empezará?

—Que me dejen abandonado en el vacío, condenado a flotar eternamente, si tengo la menor idea... —declaró exasperado el joven agente especial de la SIP.

* * *

—¿Ralph Christian? No, no vivió nunca aquí. Al menos, no ha residido nadie que tuviera ese nombre, señor.

—Trate de recordar bien —Parks plantó ante los ojos del hombre su cédula de identidad, con las famosas siglas de la «Spacial International Police» bien visibles—. Es pregunta oficial, amigo.

—Oh, entiendo —el otro tragó saliva, algo inquieto, y reveló menos seguridad en sus movimientos. Pero la contestación se mantuvo invariable y enérgica—. Sin embargo, señor, debo repetirle lo mismo que le dije. Entre las personas alojadas en el «Moon Hotel» no hubo nunca ningún Ralph Christian. Se lo demostraré.

Duncan le vio presionar el registro automático de personal. Marcó las letras R y Ch. En el mueble metálico destinado a registro magnético hubo un zumbido. En una urna o recipiente de cristal, situado a la altura de la mano del empleado, cayeron hasta tres tarjetas de plástico metalizado, color verde. Luego, la máquina cesó de zumbar.

—Mire, señor. Las tres fichas de tres huéspedes cuyos nombres empiezan por las letras R y Ch. Véalas...

—David Chester, Doc Chantall... y Doris Chang. Un americano, un francés y una china. Ya veo. Ninguno de ellos es pelirrojo, de ojos saltones, color verde, gafas incrustadas en el globo ocular; ni cojea de la pierna izquierda acentuadamente —devolvió las tarjetas al empleado del «Moon Hotel» con expresión meditativa—. Gracias, amigo.

—De nada, señor. Ya le dije que... —se detuvo. Irguió la cabeza y miró fijamente a Duncan—. ¡Un momento! ¿Ha dicho usted... pelirrojo, ojos saltones y verdes... cojo de la pierna izquierda?

—Eso es. Muy cojo. ¿Conoce a alguien de esas señas?

—Creo... creo que sí. Pero no se llamaba Ralph Christian, desde luego...

—No importa. Hay quién altera su nombre. Pero no su aspecto físico. Una persona digna de crédito me informó de que una vez vio salir a alguien de esas señas, de este mismo hotel. Por eso he venido. Empezaba a dudar de su honradez, amigo mío. Pero veo que estaba equivocado. No se me ocurrió la idea de que utilizase otro nombre.

—¡Espere! Creo que en realidad lo utilizó. Pero de un modo especial... —el conserje del hotel llevó su dedo al teclado del registro nuevamente, tras depositar las tarjetas en la ranura que se cuidaría automáticamente de depositar las anteriores fichas en sus lugares respectivos.

Duncan le observó. El hombre presionó las mismas iniciales anteriores. Pero en sentido inverso: Ch y R. Esta vez, el zumbido fue más prolongado. Llegaron a caer hasta quince o veinte tarjetas. Pero, muy rápidamente, el empleado las pasó ante sus ojos, clasificando finalmente una, que tendió al joven agente de la SIP con aire triunfal.

—Lea eso —dijo.

Duncan lo hizo, dominando su sorpresa.

—Christopher Ralphe... Norteamericano, treinta y seis años de edad, soltero... Viajante comercial. Turismo... —levantó los ojos hacia el conserje—. Podría serlo. Christopher Ralphe es casi una transposición de términos en el Christian Ralph... ¿Cree realmente que pudo ser éste?

—Seguro. Era pelirrojo, de ojos verdes y redondos, muy saltones. Y cojeaba mucho... de su pierna izquierda.

—Se ha marchado ya del hotel, ¿verdad?

—Sí. Ahí vendrá, en la tarjeta, su fecha de salida.

—Sí, aquí viene... Hace ya veinte días que se fue. Supongo que nadie sabrá adónde...

—Yo sí lo sé, señor —dijo inesperadamente el otro.

—¿Eh? —Duncan pegó un respingo. Jamás soñó en ser tan afortunado—. ¿Adónde, amigo mío? ¿Cree que está seguro de eso?

—Segurísimo. Sin proponérmelo, escuché su charla por el televisófono —señaló la cabina inmediata—. La puerta no cerraba bien por entonces. Ahora la han arreglado. Me llegó el sonido de su voz, y recuerdo muy bien adónde dijo que iba a trabajar.

—¿Trabajar? ¿Dónde?

—Aquí mismo, en la Luna...

—¿No sería a las minas Fansworth? —aventuró Duncan.

—No, no —sonrió el conserje del «Moon Hotel»—. Era a unas minas, pero no a las de Fansworth. Habló desde ahí con el propio dueño del lugar donde iba a trabajar. Era un tipo llamado Van Buren. Un holandés, al parecer...

CAPÍTULO III

MISTERIO



UNCA ha trabajado aquí un hombre que se llame Ralph Christian, señor. Lo siento...

—Yo lo siento muchísimo más, señor Van Buren. Pero sé que está aquí. O ha estado. No le servirá de nada negar. Después de todo, no es ningún delito acoger en el trabajo a un ex convicto. Son gente con derecho a vivir, a trabajar, como cualquier ser humano... De modo que debería ser sincero y no ocultarle.

—¡Señor Parks, eso es insultante para mí! —chilló Van Buren—. ¡No le consiento que me acuse de algo que jamás he hecho!

—En cambio, yo tengo informes de todo lo contrario. ¿También va a negarme que ese tal Ralph Christian habló con usted por televisófono, desde el «Moon Hotel»?

—¡Claro que lo niego! —el fornido, rubicundo y atlético Walter Van Buren denegó con firmeza, congestionado su rostro—. ¡Total y absolutamente niego esa especie, señor!

—Eso pone las cosas muy difíciles, Van Buren. Me hará registrar oficialmente sus yacimientos. E interrogar a su personal.

—Supongo que sabe lo que hace —replicó fríamente el hombretón.

—Siempre he sabido lo que me hacía, Van Buren. Me pregunto si usted es el que sabe lo que ha hecho...

—Siempre sé lo que hago, y desde luego, no cometo errores. Tal vez contratar a ese Christian no sería un error, pero sí lo sería negar. Y no hice una cosa ni otra.

—Yo no le acuso. Solamente dudo. Y en la duda, debo averiguar la verdad. Para eso me pagan.

—¿La verdad de qué?

—Escuche. Van Buren. Ese Ralph Christian vendió aureplatium en cantidades enormes, en los mercados norteafricanos, ayudado por su hermano Ned. Casablanca y Tánger fueron teatro de varias operaciones fabulosas. Ese aureplatium salió de alguna parte. Y los únicos que saben cómo y de dónde

son precisamente los dos Christian. ¿Comprende ahora por qué les sigo la pista, por qué la SIP tiene especial interés en dar con ellos?

—Empiezo a entender algo, ciertamente —suspiró Van Buren. Luego rio irónicamente—. Pero no pensará que yo proporciono aureplatium a nadie. Ojalá pudiera hacerlo. Sería indicio de que en mis yacimientos existía ese mineral. Y usted sabrá lo que vale cada gramo.

—Por supuesto que lo sé —Duncan le miró con dureza—. ¿Se imagina, entonces, lo que valdrán dos mil gramos?

—¡Dos mil gramos! —bufó Van Buren—. ¡No existen en todo el universo hoy en día!

—Y, sin embargo, esa es justamente la realidad actual... Es usted la segunda persona que me afirma que no existen en todo el orbe. ¡Pero solamente en África del Norte, se han vendido esos dos mil gramos! ¿Va dándose cuenta de la magnitud del caso?

Van Buren, el holandés minero desplazado a la Luna, a explotar las riquezas minerales del satélite terrestre, meneó afirmativamente la cabeza, con un gesto de estupor. Luego declaró:

—Creo que si le entiendo, Parks. Está bien, puede interrogar a mis empleados, y practicar averiguaciones. Pero le juro por mi honor que nada sé de ese Ralph Christian, diga usted lo que diga...

* * *

—¿Su nombre?

—Hans Dekker.

—¿Labor en los Yacimientos Van Buren?

—Capataz general y encargado de los mineros. Es decir, cuido de la obra y del personal, controlado por mí y por mi auxiliar.

—¿Quién es su auxiliar?

—Marcus Kawoyan, un armenio experto en minas, señor. ¿Quiere que le llame?

—Luego lo hará, Dekker. Hábleme ahora de usted y de su labor. ¿Se cuida de elegir a aquellos que han de entrar a trabajar?

—Forma parte de mis atribuciones.

—¿Y el señor Van Buren? ¿No se mete en eso?

—¿Por qué había de hacerlo? No es cosa que le afecte directamente. Puede recomendar a alguien, y después yo me cuido de aceptarlo o no, según su valía. Claro que si el señor Van Buren quisiera regalar un sueldo, sería distinto. Pero yo sé que no es eso lo que desea.

—¿Alguna vez recomendó a alguien?

—Pocas. Uno fue el propio Kawoyan, el armenio. Fue un buen elemento.

—¿Y el otro?

—No recuerdo en este momento. Otro que fue útil. Pero creo que ya no está en la casa.

—¿Hace tiempo de eso?

—Oh, sí, al menos varios meses.

—Entonces no es mi caso. Dekker. Busco a un tipo pelirrojo, que cojea acentuadamente de la pierna izquierda. De ojos verdes, saltones.

—Ya. Ralph Christian, ¿no?

Duncan Parks pegó un respingo. Esperanzado, miró al capataz de Van Buren.

—¡Dekker, acláreme eso! —pidió—. ¿Significa que ha trabajado o trabaja aquí?

—Cielos, claro que no —rio Dekker—. El patrón no tiene nada contra los exconvictos. Acepta obreros, no ángeles. Pero ese Christian es pájaro raro. Poco de fiar, ¿sabe? Yo no lo aceptaría.

—¿Ni nunca lo aceptó aquí?

—Nunca.

—¿Pudo hacerlo su auxiliar?

—¿Kawoyan? Pudo hacerlo. Pero no creo que lo hiciera.

—¿No cree? ¿Por qué no está seguro? Un hombre del físico de Christian es fácilmente visible en cualquier parte...

—En cualquier parte que no sean los Yacimientos del Mar Umbrío. Aquella zona lunar no está habitada, ni siquiera frecuentada. Tenemos minas de selenio y de bórax allí.

—¿Bórax? ¿Existe eso en la Luna?

—Sí. Debió de haber agua en el pasado... cuando este mundo tuvo vida —sonrió Hans Dekker, el albino capataz de Van Buren, peinándose con los dedos su cabello color casi blanco—. Hay aquí muchas cosas que hablan de un pasado con vida, con oxígeno, con seres inteligentes acaso... Mi opinión es que la Luna fue un pequeño mundo... o una simple parte del nuestro. Un cataclismo la dejó así. Convertida en un orbe muerto para siempre...

—Tal vez tenga razón. Pero no me interesa el pasado de los mundos, sino el presente... y un poco el futuro, si este encierra peligro para la gente honrada. Dígame, Dekker, ¿pudo ir allá Christian, a esas minas de bórax del Mar Umbrío?

—Pudo ir sí.

—¿Sin saberlo usted?

—Pudo ser. Pero no lo creo.

—De ocurrir así, ¿se hubiera enterado?

—Tal vez no. ¿Quiere que llame a Kawoyan? Él se lo aclarará...

—Iré a verle ahora. Prefiero seguir preguntándole a usted. A esas minas deben ir lo peor, la escoria de los mineros, ¿no es cierto?

—Sí. No es un trabajo agradable ni cómodo. Los buenos mineros no lo aceptan.

—Pero un hombre que quisiera pasar desapercibido... aceptaría.

—Sí. No sería mala idea, después de todo.

Duncan Parks calló un momento. No se fiaba en absoluto de Hans Dekker. Pero lo cierto es que tampoco se fiaba de Van Buren. Ninguno de ellos era un caballero, como Sherman Fansworth. Del armenio, de Kawoyan, aun sin conocerle, se fiaba muchísimo menos aún.

—Voy a hablar ya con Kawoyan —dijo de pronto con frialdad.

—Yo le avisaré —Dekker se encaminó a la puerta.

—¡No! —Parks le sujetó, con un enérgico apretón en el brazo—. No le avise usted. Dígame cómo puedo llamarle. Usaré el audífono interior.

—¿No se fía de mí? —se irritó Dekker.

—No me fío de nadie, Dekker. Déjeme obrar a mi modo, y será mejor.

—Bien. Utilice el botón número 6. Dígale que venga a mi oficina. Eso basta.

Así lo hizo Parks. Luego esperó, fumando un cigarrillo con parsimonia. Entretanto, Dekker daba unos pasos, al parecer algo nervioso. El agente de la SIP le observaba de soslayo, con expresión calculadora.

Cosa de cuatro minutos después de hacer la llamada, alguien golpeó en la puerta. Duncan iba a invitar a pasar, cuando observó la repentina tensión de Dekker. Volviéndose a él, recomendó:

—Puede retirarse —señaló hacia atrás—. Por esa puerta, Dekker. Y ahora mismo.

—Su desconfianza es tremenda, Parks.

—Ya lo sé. No la aumente usted. Salga, Dekker. Un policía no tiene que esforzarse mucho en ser cortés. Sólo tiene que pensar en ser policía. Luego le veré de nuevo.

Con un resoplido de ira, Dekker se encaminó a la puerta posterior de la oficina. Nada más abrirla y salir, Parks fue a la opuesta entrada, mientras se repetía la llamada con los nudillos.

Pero aún tuvo que esperar, con la mano en el pomo, porque de pronto, Dekker, volviéndose hacia él, se dio una palmada en la frente y dijo, como al azar:

—Oh, ya recuerdo algo... ¿Sabe aquel minero a quién recomendó el patrón, y que ya no trabaja aquí?

—Sí, recuerdo. Uno de quien no sabía decir el nombre...

—Pues ya lo sé, Parks. Se llamaba Stuart Cordell... —sonrió ampliamente, quizás en forma maliciosa, o Duncan entendía mal—. Bien, eso es todo. Puede recibir a Kawoyan. Hasta luego, Parks...

Y cerró tras de sí. Duncan Parks vaciló un momento, antes de dar paso al armenio.

Estaba pensando en el hombre que había citado Dekker, en aquel minero recomendado por el propio Van Buren para el trabajo. Había sido Stuart Cordell.

Stuart Cordell, el hombre muerto por la peste, en una clínica de Melbourne, Australia...

CAPÍTULO IV

VIOLENCIAS


RA alto, enjuto, de pelo negro como el azabache, ojos oscuros y taciturnos, y larga faz pálida y sombría. A pesar de todo, se advertía inteligencia en sus opacas pupilas.

Una inteligencia despierta, que quizá no se cuidaba mucho de revelar. O no quería manifestarla abiertamente.

Aquel era el armenio Marcus Kawoyan, colaborador y auxiliar de Hans Dekker, en la labor dentro de los Yacimientos Van Buren del satélite Luna. Miró a Parks con fijeza.

Luego interrogó:

—¿Es usted el que me ha pedido que me presentara aquí, señor Parks?

—Eso es. Ya ha visto que soy agente especial de la SIP.

—Sí; lo he visto, señor Parks. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hablarme de las minas de bórax de Mar Umbrío... y de un minero llamado Ralph Christian.

Estudiaba fija, atentamente, la faz estirada e inexpresiva del hombre. No captó en ella la menor reacción o sorpresa emocionada en cualquier sentido. El armenio, tras un leve parpadeo, encogió sus hombros huesudos.

—No entiendo, señor Parks —confesó—. ¿Qué quiere decirme con eso?

Duncan respiró con fuerza. No iba a ser fácil. Ni siquiera sabía si sus recelos eran ciertos. Pero, aun sabiéndolo, el armenio no era fácil de manejar.

—Busco a un hombre —dijo con aspereza, dispuesto a no perder más tiempo—. Un hombre acusado de algo. El que lo encubra será condenado igual que él. Ese hombre es pelirrojo, de grandes ojos verdes, muy saltones, y cojea de la pierna izquierda. Si usted lo ha visto, será mejor que lo diga, Kawoyan, o pagará las consecuencias después...

—No sé nada de eso, señor —fríamente, el armenio se puso de nuevo en pie—. Si solamente tiene que comunicarme sus sospechas en ese sentido, creo que es todo lo que tenemos que hablar. Yo no ayudo a delincuentes. No oculto nada. Trate de demostrar lo contrario. ¿Quién le metió esa idea en la cabeza?

—Nadie. Pero Dekker me dijo que usted se ocupa del personal de las minas de bórax. ¿Es cierto eso?

—Sí. Y puede revisar las listas de personal. No está entre ellos ese Christian a quién cita.

Parks dijo:

—Pudo emplear un nombre falso.

—Tampoco hay cojos ni pelirrojos de ojos saltones. ¿Satisfecho?

—No. Pero supongo que no siempre puede uno encontrar lo que busca.

—Cuando se busca mal, desde luego no. Debería investigar en las Minas Fansworth.

—¿Por qué allí?

—Ese tipo con fama de hombre grande y potentado no lo es tanto. Incluso he oído rumores de que las cosas le van mal y pierde dinero. Es posible que estuviera arruinado, y se hiciera responsable de cualquier cosa, confiando en su prestigio. Pero en los Yacimientos Van Buren pierde su tiempo, créame. ¿Algo más, señor Parks?

—Por lo que veo... no, Kawoyan. Nada más. Puede retirarse.

El armenio sonrió, encaminándose a la puerta con paso indolente. De súbito, Duncan Parks le detuvo con una simple frase, dicha en tono seco:

—Una última cosa, Kawoyan.

—Usted dirá, señor —dijo el hombre enjuto, sin volverse siquiera hacia él.

Duncan preguntó:

—¿Ha oído hablar de un hombre que trabajó en esta empresa... un tal Stuart Cordell?

Le pareció que las espaldas del armenio se ponían levemente rígidas. Pero no estuvo seguro. Y, por otro lado, no podía ver su rostro para comprobar la reacción sufrida por la noticia.

—No —dijo finalmente Kawoyan—. No lo recuerdo. Tal vez le conocí... pero no lo sé.

—Lástima —comentó Duncan con suavidad—. Quería saber por qué se marchó de aquí. Y por qué murió en Australia, de una nueva epidemia mortal... Eso es todo Kawoyan. Gracias.

El armenio no respondió. Abrió la puerta sin ruido y abandonó la estancia.

* * *

El vehículo-oruga era muy lento para transitar sobre grandes superficies lunares, pese a su seguridad. Duncan Parks prefería para trasladarse la velocidad de los turborockets, o vehículos especialmente diseñados para el espacio, ya que la carencia de oxígeno en la atmósfera lunar, su absoluto vacío, impedía utilizar vehículos habituales en la Tierra, por no existir la

resistencia del aire.

El turbocohete alcanzó los límites del Mar de las Sombras, o Mar Umbrío en muy escaso período de tiempo. Allí no había colonias terrestres ni poblaciones de ninguna clase.

Solamente el campamento minero de Van Buren, envuelto en la hemiesfera transparente donde se contenía el aire para respirar y vivir. Fuera de la pequeña población o campamento tapado por el gran caparazón de vidrio plastificado irrompible, se extendían los terrenos mineros, cercados con postes donde figuraba el rótulo:

«Propiedades Van Buren. Minas Lunares. Prohibido el paso».

Duncan Parks burló ese anuncio avanzando a lo largo de la zona minera, para reducir distancia entre él y el campamento cerrado. Nadie trabajaba ahora. Absolutamente nadie se veía en el terreno árido, salpicado de cráteres, con blancos y extraños promontorios rocosos, que se recortaban como fantasmas petrificados en la planicie lunar, blanca y espectral.

De súbito, se sintió extrañamente solo. Como el primer poblador de la Luna, como un audaz astronauta que acabara de pisar, por vez primera, el astro nocturno de la Tierra.

Era una sensación inquietante, que puso en tensión sus nervios. Siguió adelante, contemplando aquel alucinante panorama, como un mundo de pesadilla que hubiera cobrado vida súbita ante él...

Esa quietud se quebró de pronto. Fue como un roce, un rumor sutil a su espalda, que le llego a través de los auriculares supersensibles de su escafandra de plástico transparente.

Se volvió en redondo. No vio nada. Tal vez era una alimaña, algún desconocido ejemplar de la fauna lunar. Pero no le gustó que sonara el ruido. Y mucho menos, el no descubrir la causa del mismo.

Era peligroso hacerlo, pero desenfundó su arma. Llevaba una pistola de carga electrónica, que funcionaba igual en el aire normal que en el vacío. Un arma especialmente diseñada para su utilización espacial.

Si le veían desde algún punto de vigilancia del campamento minero, podían creerle un delincuente, al observar que iba armado, y disparar sobre él antes de hacer preguntas. Pero si era algo vivo lo que había causado aquel rumor, era preferible ir en guardia.

Paso a paso, avanzó lentamente ahora, escrutando cada rincón en torno suyo. El terreno, sumamente accidentado y abrupto, podía ocultar a cualquiera, con muy escasas probabilidades de que él lo descubriera.

En un punto, las cenizas y polvo lunares, posados allí durante quizá millones de siglos, aparecieron ante él. Jamás pudo imaginar Duncan Parks que esa polvareda de milenios fuera a salvarle la vida.

Pisó, sin advertirlo, el límite de las cenizas y polvo. Se le hundió el pie derecho, y perdió el equilibrio, cayendo al borde mismo. De seguir adelante, hubiera sido como hundirse en un pantano del que jamás se salía. Las cenizas le hubieran engullido, en una muerte atroz. Había zonas polvorientas que tenían hasta una milla de profundidad.

Se levantó ante él una polvareda lenta, que flotaría en el vacío durante muchos segundos, a causa de la ausencia de aire y la ligereza gravitatoria del satélite.

Y, en el mismo momento de caer, se estrelló más allá de donde él estaba, pero después de pasar por el lugar que hubiera ocupado de continuar en pie, un flamígero proyectil azul, capaz de arder en el vacío, sin contacto con atmósfera alguna.

Un fuego azul y mortífero, que Duncan conocía bien. ¡Le habían disparado una granada térmica de vacío! Si le hubieran alcanzado, estaría convertido ahora en una ígnea bola azul...

Rápido, giró la cabeza sin moverse del suelo. A través de la perfecta, nítida esfera de plástico que cubría su cabeza, descubrió fugazmente la figura que se ocultaba tras un macizo de rocas blancas y extrañas.

No vaciló un solo momento. Su potente pistola electrónica disparó al apretar él su resorte detonante. Un chorro centelleante, grisáceo, hendió el vacío lunar.

Allá, el impacto electrónico levantó chispas plateadas. Un estallido hendió el promontorio rocoso. Y un grito terrible le llegó por los audífonos. Un grito que no podía llegar por el aire, porque el vacío no propaga sonidos. Un grito que llegaba de un emisor especial de vacío, en una escafandra como la suya...

Lo captó con sus auriculares. Rápido, se incorporó, lanzándose tras la precaria protección de unas rocas sueltas, con el ánimo da seguir defendiéndose de otros posibles agresores.

Sin embargo, nada sucedió. Tras el grito, hubo un silencio. Luego, una sombra emergió, tambaleante, sin armas. Dio unos pasos torpes, vacilantes, agito luego los brazos con desesperación y rodó por el blanco suelo lunar.

Duncan Parks esperó. Podía ser una emboscada. Podía haber otros hombres. Pero no parecía existir nadie más allí. El silencio ahora era intenso.

Se incorporó poco a poco. No sucedió absolutamente nada. Luego caminó hacia el caído. Se inclinó sobre él.

Estaba muerto, electrocutado. Era un hombre, por supuesto. Y vestía el uniforme verde clorofila, habitual en los mineros de los Yacimientos Van Buren.

Empezaba a incorporarse, cuando a sus espaldas sonó una voz dura, ominosa:

—¡Suelte su arma y levante los brazos! ¡Pronto, o le abraso vivo!

* * *

Eran cinco hombres. Todos armados y provistos de escafandras especiales. Todos, también, con el uniforme verde clorofila de Van Buren. Mal encarados, violentos y duros. Le encañonaban con sus rifles de cargas explosivas. Y que estaban dispuestos a hacer fuego, era evidente.

—¿Qué pretenden? —silabeó Duncan Parks, soltando su arma y volviéndose despacio, tal como ellos pedían—. ¿Matarme a sangre fría, por orden de su patrón... o por orden de Kawoyan tal vez, sin saberlo Van Buren?

—Cierre el pico. ¿Usted viene a matar a los nuestros y todavía habla? Deberíamos de haberle matado sin contemplaciones, en vez de darle la menor oportunidad. Tal como ha hecho usted con nuestro camarada, maldito sea...

—Un agente de la SIP en misión especial no puede ser agredido. Y si lo es, está en su pleno derecho de eliminar a su adversario. ¿Ha entendido?

—¿Y quién es aquí el agente de la SIP? —se mofó el otro, belicoso.

—Yo.

—Vamos, no me haga reír. Yo soy Napoleón y no presumo tanto.

—No sea estúpido. Busque mis credenciales en el bolsillo superior. Agente Duncan Parks, de la «Spacial International Police». Máteme y están perdidos. Nuestro «Cuerpo de Ejecución» se encargaría de ustedes antes que la propia ley.

—Todo eso me suena a mentira. Usted ha matado a un minero de este campamento.

—No sé si era de este campamento. Si lo era, me atacó él antes. Pero tal vez sea más bien uno que me haya seguido desde el campamento central...

—Mirad todo eso, a ver si es cierto —indicó el que parecía el jefe—. Ved si identificáis al muerto, y registrad a ese hombre por si es realmente un agente especial de la SIP. Vosotros dos, hacedlo. Nosotros vigilaremos, para que no intente ninguna argucia de mal gusto...

El concienzudo y rápido registro dio su resultado. Al terminarlo, se volvió vivamente uno de ellos hacia el que mandaba el grupo de hombres de verde.

—Infiernos, es verdad, Randy —informó—. ¡Este tipo es un agente de la SIP! ¡Mira su credencial!

El llamado Randy lo hizo. Al final, resopló, lanzando una imprecación violenta.

—Diablos, perdone usted, señor Parks —le dijo abruptamente—. ¿De modo que es cierto que nuestro compañero le atacó?

—Sí —Duncan respiró aliviado, bajando los brazos—. ¿Es de su

campamento?

—No —denegó Randy, tras recibir el informe de sus hombres—. Al parecer, es un tal Schneider, un alemán que trabaja en el campamento central.

—Es Schneider —asintió otro—. El ayudante de Kawoyan.

—Ayudante de Kawoyan, ¿eh? —musitó Duncan, ceñudo—. Es interesante... ¿Qué tal tipo era el tal Schneider?

—Un borracho y un pendenciero siempre —informó Randy—. No sé lo que podía hacer aquí ahora.

—Ya se lo dije. Me siguió. Y cuando creyó tenerme con plena ventaja para él, intentó matarme. Le salió mal.

—¿Por qué trató de matarle, señor Parks?

—Es lo que me gustaría saber. Pero sospecho que tanto Kawoyan como Van Buren y Dekker declararán no saber nada de esto.

—¿Y alguno mentirá?

—No lo sé. Tal vez ninguno mienta... o lo hagan todos. ¿Usted manda aquí, Randy?

—Oh, no. Yo solo me cuido de mi propia escuadra de mineros. Esta noche nos toca guardia. Vigilábamos la zona inmediata cuando oímos detonaciones y acudimos. Veo que no hacíamos mucha falta ya. Usted había resuelto sus propios problemas.

—Uno no puede esperar siempre a que sean los demás los que se cuiden de uno. De todos modos, gracias. Al principio me dieron un buen susto. Pensé que eran también hombres alquilados... para matarme...

—El equívoco era completo, para nosotros, usted era un delincuente, un intruso en el campamento, que había matado a uno de los nuestros. En fin, señor Parks, venga con nosotros si lo desea. Imagino que alguna misión le traerá a este apartado rincón de la Luna.

—Sí, una misión. Encontrar a un hombre que tal vez esté aquí. O que estuvo alguna vez. Un hombre cuya pista no interesa que siga. Y por ello trataron de eliminarme. Se llama Ralph Christian... —y añadió sus peculiares señas personales.

—¡Christian! —Randy parpadeó, sorprendido—. Cielos, claro que sé quién es...

—¿De veras lo sabe? —Duncan se excitó, mirando al hombre.

—Había trabajado aquí unos días... Creo que Kawoyan lo envió. Pero estuvo poco tiempo. Se marchó a los pocos días de ingresar.

—¿Y no han vuelto a saber nada de él?

—Claro, eso es lo que iba a decirle. Hace dos días que volvió por aquí. Justamente anteayer, sí.

—¿Anteayer? —Duncan parpadeó. Aferró a Randy por un brazo—. ¿Está seguro?

—Completamente. Le vi yo mismo.

—¿Y... ha vuelto a marcharse?

—No exactamente. Se fue, sí, pero no por propia voluntad. Lo echamos nosotros. No quería irse, pero no tuvo otro remedio. Salió en un vehículo especial sanitario, rumbo a la Central de Sanidad Internacional de la Tierra.

—¿Sanidad? ¿Por qué?

—Venía enfermo. Con fiebre, sudoroso, lívido... Traía una rara enfermedad. Y el médico del campamento, aunque declaró su ignorancia sobre la naturaleza de esa dolencia, aseguró que podía ser muy grave, y terriblemente contagiosa. Dijo... dijo que podía ser una nueva epidemia de Peste...

CAPÍTULO V

LA NUEVA PISTA



ESTE! ¿Es realmente peste?

—No, señor Parks. No es realmente peste. Pero se le parece mucho. Mortífera y contagiosa, y además, muy activa. Sin remedio conocido. La enfermedad misma es desconocida.

Parks preguntó:

—¿Y el enfermo? ¿Dónde está Ralph Christian, doctor?

El doctor Sigfried Walters, del Centro de Sanidad Internacional, en Ankara, se encogió de hombros, tras una leve vacilación. Luego declaró:

—No era misión nuestra tratar de cuidarle. Le enviamos urgentemente al único centro sanitario que, hasta ahora, ha cuidado a enfermos de esa misma dolencia. La Clínica Austral del doctor Elwood, en Melbourne. Allí han muerto algunos enfermos de esa misma peste o lo que quiera que sea. Creo que el personal del doctor Rufus Elwood estará más capacitado para intentar, contra reloj, salvar la vida de ese hombre. Si es que existe la menor posibilidad clínica de lograrlo, lo cual me permito dudar muy seriamente, señor Parks.

—Gracias por todo, doctor Walters.

Duncan Parks salió del Centro de Sanidad de Ankara. Iba desconcertado, luchando él mismo contra el reloj. Había vuelto de la Luna en vuelo de urgencia, para tratar de localizar a Ralph Christian, súbitamente enfermo, al parecer muy grave. Y de la misma dolencia, si no estaba en un error el doctor Walters, y eso no era probable, que sufriera Stuart Cordell, en la clínica de Melbourne, donde la joven enfermera, compañera suya de viaje a la Luna, prestaba sus servicios.

Regresó a su turbomóvil, totalmente aturdido. Lo puso en marcha. Otro gran salto, desde Ankara a Melbourne, utilizando la supervelocidad para llegar más a tiempo.

Si aún era tiempo de algo...

* * *

El edificio de la clínica del doctor Elwood, en Melbourne, ofrecía una bella vista frente al puerto. Era una moderna y alargada edificación de color blanco y aluminio, con larguísimas y rutilantes galerías de vidrio plantificado. Su nombre, de Clínica Austral, figuraba en caracteres metálicos centelleantes, sobre el gran acceso de altas puertas y escalinata negra.

Allí había muerto Stuart Cordell, un exconvicto, víctima de una rara peste. Y allí, ahora, había sido enviado también Ralph Christian, otro exconvicto. Con la misma enfermedad al parecer.

Todo eso podían ser simples coincidencias, podía no tener la menor relación entre sí. Pero Duncan Parks quería comprobarlo, estar bien seguro de ello, antes de dar un nuevo paso en aquel complicado y extraño caso del aureplatium vendido en grandes cantidades, y misteriosamente extraído de alguna parte, que ni siquiera los técnicos en mineralogía terrestre o planetaria podían intuir.

Una enfermera gruesa y pelirroja le atendió en recepción. Su demanda fue contestada con seca firmeza:

—Lo siento. El doctor Elwood está muy ocupado.

Pero después, la presentación de sus credenciales, abrió todas las puertas cerradas por las normas del establecimiento. Y poco más tarde. Duncan Parks se hallaba en presencia del hombre de edad mediana, lentes montados en oro y afable expresión, realzada por la viva inteligencia de sus ojos pardos, que era el doctor Rufus Elwood, director-propietario de la Clínica Austral, en Melbourne.

—Bien, usted dirá lo que desea —habló el médico—. ¿Qué tiene que ver la SIP conmigo, señor Parks?

—Buscamos a un hombre. Se llama Ralph Christian. Fue enviado desde la Luna, enfermo de esa nueva epidemia o peste que ustedes han descubierto antes, en casos como el de Stuart Cordel!

—Oh, ya veo —le miró, intrigado—. Mucho sabe usted de mis pacientes. ¿Cómo supo lo de Cordell?

—Su enfermera fue compañera de viaje hacia la Luna. No sabe que soy policía. Se habló accidentalmente de esos casos. Luego, ha venido su relación con el caso actual, y con ello la posibilidad de que todo esté ligado por un nexo que interesa a la SIP.

—Ya sabrá, entonces, que Cordell murió.

—Sí, lo sé. Pero yo no busco a Cordell, sino a Ralph Christian.

—Es que... Ralph Christian acaba de morir también, amigo mío.

Duncan se quedó sin aliento. Miró fijamente al doctor. Éste no bromeaba. No era de esa clase de hombres, ciertamente. Su expresión grave, el tono de su voz, expresaban elocuentemente la sinceridad de lo que había mencionado.

—¿Muerto? ¿Ahora?

—Sí —suspiró el médico—. Venga conmigo, señor Parks. Podrá ver el cuerpo. Está convenientemente aislado para evitar contagios. Luego, se le incinerará, lo mismo que a Cordell.

—¿Incineración? ¿No es enterrado, entonces?

—No nos atrevemos. La dolencia es de tipo desconocido, una epidemia de raras características. Vale más destruir todo posible foco de contagio. Al menos, hasta que localicemos el virus, hasta descubrir la forma y naturaleza del mal.

—Pero destruyendo los cuerpos, destruye también toda posible fuente de informes clínicos.

—Es un sacrificio que hemos de aceptar. El apestado podría provocar miles de casos. Y entonces, el resultado sería mucho peor, por mucho que investigásemos en los cadáveres.

—Entiendo. No quieren riesgos.

—Eso es. Para nosotros, los médicos, ya es bastante pena eso. Sin embargo, hemos de doblegarnos a la necesidad de salvaguardar otras vidas, otros cuerpos no contaminados todavía.

—Me gustaría ver, entonces, a Christian, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, amigo mío —el doctor Elwood se incorporó, y guio a Duncan por un corredor inmediato—. Venga conmigo, por favor.

Le siguió. Elwood tomó con Parks un ascensor de vertiginosa velocidad, que les sepultó en los subsuelos de la clínica. Un nuevo corredor, largo y con olor a antisépticos...

Al final del mismo, un empleado con uniforme blanco y máscara, les aprovisionó también de máscaras. Ellos las tomaron, aplicándolas a sus rostros. Se les abrió una puerta de plomo. Luego, de la antecámara, pasaron a otra interior, de gélida temperatura, en cuyo centro se alzaba una especie de urna o campana de vidrio oblonga, en cuyo interior yacía la figura inconfundible, rígida y sin color, de Ralph Christian. Estaba muerto, con las facciones estiradas, con el gris ceniciento de la muerte sobre su larga faz. Los redondos ojos saltones estaban piadosamente cerrados. El rictus de su boca denotaba dolor, padecimiento, a la hora de morir.

—Dios mío —musitó Duncan bajo la máscara—. ¿Así preserva de la infección, doctor?

—Sí. Es una cámara hermética. Antes de salir el cuerpo, se esteriliza automáticamente. La utilizamos en otros casos. En éste, directamente de la cámara pasa el cuerpo, deslizándose hacia la parte inferior, de donde parte una especie de montacargas con la plataforma y el cuerpo, en dirección al horno crematorio situado abajo.

—¿Son frecuentes las incineraciones aquí?

—Solamente en casos de extrema gravedad, señor Parks. En casos muy

virulentos... o cuando, como en este caso, ignoramos el posible alcance de la epidemia.

—Ya veo... —Duncan contempló al muerto—. Es él, no hay duda...

Sus ojos se fijaron de pronto en las manos del muerto. Observó en la piel una pigmentación metálica, extraña. Como si llevara manchas plateadas o algo así. Muy tenues pero, con el color de la muerte, se acentuaban notablemente.

—Doctor, ¿sabe lo que puede ser eso? —preguntó Duncan Parks roncamente.

—¿El qué? —Rufus Elwood se aproximó a él y examinó con atención al muerto—. ¿A qué se refiere?

—Esas manchas plateadas, como de metal, que se ven en sus manos... ¿Las ve?

—Oh, sí —las cejas del doctor se juntaron, en gesto reflexivo—. Ya las advertí antes. Cuando ingresó el enfermo. Estudié su cariz. Me parecieron manchas de un nitrato o cosa parecida. Algo que abrasó su epidermis, dejándole una coloración metálica. Creo que él era minero o trabajaba en esas cosas...

Duncan dijo:

—Sí, lo sé. Una pregunta, doctor: ¿tenía esas mismas manchas Stuart Cordell?

—Pues... no puedo recordar... —el gesto de Elwood se hizo más incierto —. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Ni yo mismo lo sé aún. Es otra idea, descabellada que tengo. ¿No puede recordarlo?

—La verdad, no. Es posible que las tuviera, pero me sorprende no haberlas advertido, y sí en cambio esta vez. Puede ser otro síntoma de la enfermedad, una especie de sarpullido o quemaduras interiores, que surgen a flor de piel. La verdad es que, hoy por hoy, todo ello constituye aún un enigma.

—Otra pregunta. Y perdone si le importuno demasiado, doctor Elwood, pero usted es uno de los pocos eslabones de esta cadena de locuras que estoy siguiendo. Quizás el más importante con que cuento, de cara a una posible y remota solución.

—Le escucho, amigo mío —sonrió benignamente el médico—. Puede hacerme cuantas preguntas desee...

—Gracias, doctor. La que ahora me preocupa es ésta: ¿todos los anteriores casos de peste o epidemia tratados por usted en Melbourne, obedecen también a pacientes que fueron o habían sido mineros?

—Pues, la verdad, no creo que los demás fueran mineros. Se trata de cinco casos dispares que... ¡Espere! —los ojos del doctor Elwood brillaron de súbito. Miró con cierta excitación a Duncan Parks—. Antes habló de una

enfermera mía que iba hacia Luna-Término. Supongo se refería a la señorita June Raymond, ¿no es cierto?

—Justamente. La misma, doctor. Pero no le preguntaba eso, sino...

—Un momento. Ahora llegaremos a eso. Es que acabo de recordar que ella, como encargada de la sección de altas en el Pabellón de Urgencia, tal vez pueda responderle mejor a su pregunta.

—Sí, es posible. Sin embargo, preferiría que contestase usted mismo, doctor. No puedo esperar a que ella regrese de sus vacaciones y...

—¿Sus vacaciones? Oh, amigo mío, cierto que usted lo ignora —el doctor se dio una suave palmada en la frente—. La señorita Raymond ha tenido que renunciar momentáneamente a su bien merecido descanso, ante la emergencia surgida por el caso de Christian, unido esto a la abundancia de pacientes de urgencia. Por tele-espaciograma, le rogué que aplazara de nuevo sus vacaciones, y acudiese aquí, si le era posible, a reanudar el trabajo. June Raymond es una muchacha encantadora y complaciente. Ha vuelto.

—¿Ha vuelto? —sin saber por qué, Duncan sintióse contento al saberlo.

Elwood dijo:

—Sí. Venga conmigo, y hablaremos con ella del asunto. Yo iba a decirle que eran cinco hombres de diferente aspecto físico y social, llegados en diferentes expediciones. Ello me hizo sospechar una epidemia en Melbourne, pero hasta llegar Christian, no se había presentado nadie más. La señorita Raymond podrá ayudarnos a aclarar la cuestión, concretando algo más la personalidad de esos hombres.

Regresaron a las plantas altas de la clínica, dejando abajo la fría y silenciosa posesión de la muerte. La luz y la limpieza de las dependencias clínicas hizo olvidar a Duncan Parks lo que había visto en aquel sórdido mundo de silencio y paz.

Una emoción inexplicable le invadió al cruzar la puerta de cristales con el rojo indicador: «Pabellón de Urgencia». Luego, de súbito, se encontró frente a la jovencita uniformada de blanco, detrás de un pequeño mostrador de bruñida superficie.

—Buenos días, señorita Raymond —fue su saludo.

Ella alzó la cabeza. Sus ojos profundos y brillantes se fijaron en Duncan. Lanzó una exclamación, redondeando deliciosamente sus carnosos labios rojos:

—¡Señor Parks! ¡Usted aquí! ¿También ha regresado de la Luna?

—Creo que aún estoy en ella —rio Duncan, burlón—. Lamento que haya interrumpido sus vacaciones, señorita Raymond. Lo ignoraba totalmente, hasta que me informó el doctor Elwood.

—No se preocupe. Estoy habituada a eso —suspiró la bella enfermera a quién tuvo por vecina de asiento en el vehículo espacial—. Pero usted, ¿qué

ha venido a hacer en Melbourne? ¿Se encuentra enfermo tal vez?

—No. Pero lo estaré, si sigo encontrando problemas a mi paso.

—¿Problemas? —ella enarcó las cejas con estupor.

—Señorita Raymond, usted ignora que nuestro común amigo, el señor Duncan Parks, es agente especial de la «Spacial International Police», y no reportero como él le dijo —intervino el doctor Elwood.

—¡Agente de la SIP! —se asombró la joven, y abrió mucho sus ojos—. ¡Oh, no!

—Pues sí, eso soy —rio Duncan—. Ahora comprenderá por qué defendía tanto a los policías, ¿no es cierto?

—Algo así sospeché entonces. Pero luego se me fue la idea. ¿Por qué me lo ocultó?

—Iba en misión especial. No podía decírselo.

—¿Y la misión especial terminó ya?

—Ojalá. No, señorita Raymond, no sólo no ha terminado, sino que casi ni siquiera ha empezado. Camino entre tinieblas, y necesito que usted intente darme un poco de luz.

—¿Yo? —June parpadeó—. ¿Está seguro de lo que dice?

—Verá, señorita Raymond —intervino de nuevo Rufus Elwood—. Lo que necesita el señor Parks es que le informe usted sobre los nombres y demás datos de los cinco pacientes que ingresaron y fallecieron antes de hacerlo Stuart Cordell, víctimas de la extraña epidemia que ahora padecemos.

—Oh, es eso —le estudió, desconcertada—. ¿La SIP se ocupa ahora de la Sanidad?

—Si la sanidad puede relacionarse con un delito, sí.

—¿Volvemos a lo mismo que se discutió en el aerocohete? El hecho de que un exconvicto...

—No me refería ahora a Cordell. El mismo que tienen ahora abajo, Christian, fue un preso, condenado por delitos vulgares.

—¡De veras? —ella le miró, sorprendida—. Resulta asombroso. Otros dos de los que ingresaron con esa dolencia habían estado en prisión años atrás.

—Vaya. Eso sí que es interesante. ¿Y los tres restantes no?

—Al menos, que yo sepa, no.

—Entiendo. Pero pudieron serlo... sin que usted lo supiera. No tiene datos completos de ellos, ¿no es cierto?

—Eso es —se inclinó, sin dejar de mirarle. Presionó las teclas de su archivador-automático. Hubo un zumbido, y June Raymond comenzó a teclear en otros pulsadores más pequeños.

Por unas rendijas salieron hasta cinco cartulinas. Ella se las tendió, tras

revisarlas y ponerlas en orden. Explicó:

—Los dos primeros dieron datos completos, pese a encontrarse muy enfermos. Además, llevaban documentos encima. Los demás, solamente por lo que dijeron en su delirio, al ser interrogados, pudimos inscribir su nombre. Pero no les encontramos documento alguno encima.

—Veamos esos nombres —Duncan tomó las tarjetas. Empezó a leer en voz alta:

> «Bradford Grane.— Electromecánico especializado; 36 años; nacido en Liverpool, Inglaterra; condenado a tres años de prisión por robo; cumplida la pena; trabajo al ingresar en la Clínica, ninguno.
>
> »Pedro Álvaro.— Agente de ventas; 42 años; nació en México, D. F.; cumplió condena un año, por contrabando de drogas; trabajo actual, ninguno.
>
> »Werner Scholtz.— Ingeniero; 49 años; natural de Stuttgart, Alemania; se ignora si trabaja o no; no añadió más datos.
>
> »Dan O'Rilley.—Aparenta unos 35 a 38 años; irlandés; no habla nada; tiene manos duras, callosas, y extrañas manchas metálicas, plateadas».

—Ya hemos encontrado algo —suspiró Duncan—. Manos duras, callosas... manchadas. Veamos el último...

Miró la quinta cartulina. Fue como un mazazo en la boca del estómago:

> «Hendrick Martins.— Unos 33 años; norteamericano; no habló».

—¡Hendrick! —masculló Duncan, estremeciéndose—. Dios mío... Pobre Elma.

CAPÍTULO VI

OTRA VEZ «AARON WESSEL»



ERO usted le conocía?

—Sí, señorita Raymond. También Hendrick Martins era un convicto, aunque usted no lo supiera. Y su ocupación era pilotar astronaves. Si era él un expreso, podían serlo también asimismo Scholtz y O'Rilley, sin usted saberlo. En cuyo caso, tenemos unas fantásticas coincidencias: de siete hombres muertos por la misma plaga, peste o epidemia... «todos» eran exconvictos de penas cortas... y todos tenían las mismas extrañas manchas en sus manos.

—Añada otra casualidad fantástica —rio el doctor Elwood— «Todos» fueron enviados a esta clínica. En el caso de Christian está justificado, porque el Centro de Sanidad sabe los casos que hemos tratado ya. Pero ¿y los otros seis? ¿Por qué vivían todos en Melbourne precisamente? Esto no me lo explico.

—Eso me lo he preguntado ya, doctor. Y creo tener una respuesta.

—¿De veras? —se interesó June—. ¿Cuál es, señor detective?

—Sin ironías, doctora —sonrió Duncan forzadamente—. Le diré algo de pura lógica, tan simple que se justifica por sí solo. Hombres tan dispares, en una misma ciudad, sólo podían estar porque «aquí tenían trabajo».

Rufus Elwood respiró con fuerza al menear la cabeza.

—Es una razón de peso —aceptó—. Pero Grane y Álvaro aseguraron no tener trabajo. Carecían de tarjeta de contratación, ningún sindicato les reclamó o se interesó por ellos...

—Si todos trabajaban con el mismo patrono, sé ya quién es.

—¿De veras? —asombrada, June contempló a Duncan—. Eso sí que demuestra lo inteligente que es usted...

—Sí, Parks —corroboró el médico—. Es fantástico. ¿Quién es su patrón, entonces?

—Sólo sé de él que se llama Aaron Wessel.

—¿Aaron Wessel? Raro nombre... ¿Por qué no ordena su inmediata búsqueda y arresto?

—No sería fácil —sonrió amargamente Duncan—. No creo que le encuentren nunca con ese nombre.

—¿Qué quiere decir?

—Aaron Wessel es un nombre raro... y posiblemente falso. Como lo era su dirección y televisófono, en Nueva York, una vez que alguien lo buscó.

—¿Sigue esa pista desde Nueva York?

—No. Entonces ignoraba que los dos casos coincidían. Una mujer en apuros me pidió que encontrase a su esposo desaparecido. Y mientras tanto, él moría aquí, en Melbourne, víctima de esa extraña peste... Señorita Raymond, ¿cómo llegaron aquí los enfermos? ¿Por su propio pie?

—No, no. Ninguno venía en condiciones de incorporar siquiera la cabeza. Ya estaban virtualmente en los umbrales de la muerte. Les trajeron las ambulancias.

Parks dijo:

—Las ambulancias les recogerían de algún lugar, ¿no cree?

—Sobre eso puedo decirle algo —asintió June sonriendo—. Tengo los datos de los lugares donde fueron recogidos. Es algo que nunca omito, por si luego tiene interés.

—Es usted un ángel. Sencillamente eso, señorita Raymond —suspiró Parks.

—Gracias —la enfermera tomó las cartulinas y las volvió, leyendo unas anotaciones hechas detrás—. Mire, señor Parks. En cada tarjeta del fichero tiene la calle o lugar donde el enfermo fue hallado y traído urgentemente por los servicios móviles de Sanidad.

Le entregó de nuevo las tarjetas. El agente de la SIP las tomó en abanico y leyó en su reverso las anotaciones allí trazadas con letra menuda.

—Un plano de Melbourne, por favor —pidió al doctor Elwood—. Lo más amplio y detallado posible.

El médico cambió una mirada con su enfermera, se encogió de hombros y pulsó un llamador. Al sanitario que acudió, le dio el encargo de buscar un plano de la ciudad. El empleado era eficaz. No tardó ni cinco minutos en aparecer con uno, que Duncan se apresuró a extender sobre una mesa.

—Vean los cinco puntos en cuestión —señaló a Elwood y a la joven.

Con una pluma, marcó en rojo los cinco lugares. Luego pidió la cartulina de Cordell y marcó el sexto punto. Se alejó del plano, mirándole en conjunto, con aire pensativo.

—¿Qué observan ahí? —pidió a sus dos acompañantes.

Rufus Elwood miró escudriñadoramente. June Raymond también.

—Parece existir una armonía entre todos ellos —aventuró el médico.

—¡Sí, ya veo! —palmeó ella—. ¡Son equidistantes entre sí!

—Justamente —asintió Duncan—. Están casi a igual distancia entre sí... y por ende de un punto central, equidistante de todos ellos. Sobre la realidad, las distancias podrán variar. Pero aquí, en el plano, casi son iguales a simple vista.

Súbitamente, Parks oprimió el botón de su pluma. Una gota de roja tinta cayó sobre un punto, el centro equidistante citado. Anunció el joven solemnemente:

—¡Éste es el lugar cercano a todos ellos! —se inclinó y leyó en el plano—: Bay Road, 2.170 al 2182. Parece un solo edificio...

* * *

Era un solo edificio.

Abarcaba doce números, es decir, seis viviendas o números pares. Largo, oscuro y feo. Uno de los pocos edificios viejos que quedaban en Melbourne, incluso en aquella zona portuaria, opuesta por completo a la moderna y luminosa donde estaba situada la clínica.

Había otros edificios feos por allí, cercas donde habían plantado carteles anunciadores, y solares para edificar. Uno, en aquel lugar, difícilmente parecía hallarse en el siglo XXI. Era igual que haber retrocedido en aquel momento treinta o cuarenta años en el tiempo.

Duncan Parks contempló ceñudo la edificación, desde la acera opuesta. Luego, se aproximó a la casa con aire entre receloso e intrigado. Descubrió los restos de un viejo cartel, en las escasas letras que aún quedaban en pie sobre el muro. Las demás letras podían completarse fácilmente, gracias a las manchas sobre el muro, de más vivo color que el resto de la descolorida fachada:

ALMACENES DE MINERAL

Mineral otra vez... Era como un signo diabólico en aquel enigma planteado al gran *trust* de cerebros que era la SIP. Siempre se tropezaba con minas, con minerales, con mineros...

Pero quizás el mismo signo cobraba ahora un valor positivo al indicar a Duncan Parks con cierta exactitud la línea atinada de sus pesquisas. Se detuvo junto al muro oscuro, de piedra, con zócalo de ladrillos rojos. Las ventanas, polvorientas y herméticamente cerradas, estaban protegidas por una espesa red metálica. Hasta cinco amplias puertas ofrecían el hermetismo ondulante de sus cierres metálicos, sólidos, de un oscuro color aluminio.

Duncan siguió el examen del lugar. No transitaba nadie por allí, a pesar de ser un sitio cercano a los muelles donde trabajaban infinidad de obreros, y de donde las turbonaves salían con frecuencia hacia el mar.

Por encima, como en un afán por recordarle los tiempos en que vivía, pese al lugar del pasado en que se hallaba, los turbomóviles y las astronaves, rugían, proyectadas hacia el azul, dejando tras de sí la estela de sus turbinas o reactores. Más allá, los destellos solares sobre el plast-aluminio de una Estación del Espacio que circundaba la Tierra, completaban aquella visión del siglo XXI, junto al anacronismo de la vieja Bay Road y sus viejas edificaciones.

Fue al levantar la vista hacia aquellos vehículos del espacio, cuando Duncan lo descubrió. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Y supo, en el acto, que todo aquello era ya algo más, mucho más que una simple corazonada o un intento fallido más. Estaba en el buen camino, en la pista cierta de «aquello», cualquiera que fuese su naturaleza lo tenía delante.

Había un anuncio, apagado ahora, asomando por entre los vetustos tejados de la manzana de enfrente.

Y allí, bien visible, podía leerse uno de ellos:

«El mejor cigarrillo, se lo ofrece a usted la mejor marca: Aaron Wessel».

AARON WESSEL... ¡El nombre fantasma aparecía! Y era simplemente eso: una marca de cigarrillos en desuso, un nombre de tabaco, ya olvidado, que sin duda en otro tiempo se fabricó allí, en Melbourne...

—Aaron Wessel... y un almacén de minerales —musitó Duncan Parks, avanzando hacia una de las ventanas resueltamente—. Eso lo contesta todo. Ahora, veamos lo que contienen estos muros...

Se detuvo junto a la ventana. Su mano extrajo del bolsillo una caja plana. La abrió. Era metálica, y en su interior se alineaban una serie de instrumentos muy útiles. Muchos agentes de la SIP los utilizaban en sus correrías.

Duncan tomó unas tijeras de forma especial, dotadas de un par de cilindros en sus asas. Las empuñó, acercándolas a la red metálica de la ventana.

Pese a su pequeñez y aparente fragilidad, las tijeras, al entrar en contacto con la tela metálica, empezaron a cortarla como si fuera manteca. Emitían un zumbido, y chispeaban ligeramente al tocar el metal. Eran unas tijeras eléctricas, capaces de cortar cuerpos durísimos.

Un ancho fragmento de tejido metálico se cortó. Duncan rompió entonces un cristal, utilizando la mano, envuelta en un guante de recia piel. Introdujo por allí los dedos, y levantó la falleba.

Empujó la hoja de la ventana. Ya tenía el paso franco al interior. Miró en torno suyo. Bay Road seguía desierta. Nadie había descubierto su maniobra. Luego, guardó las tijeras en la caja, y ésta volvió a su bolsillo. La suplió, entre sus firmes dedos, con la pistola de proyectiles explosivos de alta concentración. No estaba dispuesto a correr riesgos.

Saltó por el hueco. Luego, una vez dentro, en la oscuridad con olor a húmedo del edificio en desuso, entornó la ventana. Desde fuera, parecería

perfectamente cerrada. Y el corte en la tela metálica, tampoco era visible, al aplicar el fragmento a su hueco.

Su otra mano extrajo una diminuta lámpara eléctrica de bolsillo. Era reducidísima, pero su pila concentrada era de gran duración, y el rayo de luz que brotaba de su aguda punta, nítido y preciso como ninguno.

Se movió por una vasta, enorme nave, donde sus zapatos de suela blanda y silenciosa llegaron a despertar sordos, blandos ecos, a pesar de no producir apenas ruido.

La luz reveló enormes paredes desnudas, un suelo metálico que producía ruido aun con las simples patas de un gato pasando por encima. Unas vigas de hierro y unas columnas de traviesas metálicas sostenían la alta techumbre que pedía a gritos una demolición próxima, igual que el resto del sórdido y amplio edificio.

Había polvo en el suelo, en los muros y en todas partes. No se veían huellas recientes por parte alguna. Tal vez, después de todo, allí no hubiera entrado nadie en años. Pero Duncan hubiera jurado que no era ese el caso, de no desmentírselo ahora palpablemente la propia película de polvo, densa y grisácea.

Solamente sus huellas aparecían ahora en el suelo, marcando su avance por el lugar. El agente de la SIP se detuvo bajo las dos grandes columnas de traviesas de hierro, que llegaban al altísimo techo. Allá arriba, un entramado de vigas, igualmente férreas, sostenían el tejado del almacén.

Parks hizo girar en torno suyo la luz. Nada. Siempre quietud, soledad, silencio... Un silencio que casi resultaba sobrenatural. Y, desde luego, inquietante.

La luz lo recorrió todo. De súbito, tuvo una nueva idea. Y lanzó el haz estrecho pero deslumbrante hacia las alturas. La claridad destacó nítidamente las traviesas y vigas, penetró en su entrelazado denso, hizo bailotear extrañas sombras...

Duncan se puso rígido. No todo eran sombras alargadas y rectas, producidas por las vigas. Una de aquellas sombras tenía corporeidad, era ancha y sólida... ¡La sombra de una persona agazapada allá arriba!

Se puso en guardia. El haz siguió adelante sin volver. Duncan parpadeó. O veía mal... o había «otras varias sombras» agazapadas entre las traviesas del techo...

Rápido, vio algo que se movía allá arriba. Se acercó a él, descendiendo, agrandándose...

El agente de la SIP apagó la luz en el acto, y con rapidez increíble se apartó del lugar donde permanecía de pie, lo más lejos posible, apelando a todas sus energías y a su felina agilidad, adiestrada en mil ejercicios increíbles durante el periodo de entrenamiento de los agentes especiales, en la Escuela Espacial de la SIP en Washington, bajo la directa supervisión de Donald

Callowan, el «Jefe».

Callowan, evidentemente, se hubiera sentido orgulloso si en ese instante hubiera visto a su subordinado, el agente Duncan Parks, realizar aquel salto de tigre, lejos del alcance del objeto que caía, demoledor, desde las alturas.

Rodó Duncan por tierra, y sintió el aire que levantaba el objeto al caer, Luego, el estruendo del metal golpeado por algo que pesaba toneladas, el estremecido y convulso temblor de muros y suelo al impacto.

Duncan sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca, al imaginar lo que hubiera sido de él de permanecer allí, en espera da que la muerte lloviese de las vigas de hierro, en forma de un tremendo objeto de piedra o metal, capaz de hacerle polvo.

—¡No le ha dado! —chilló una voz abrupta, en las alturas—. ¡Disparad sobre él! ¡Encended los focos para atinarle mejor y más rápido!

Parks se estremeció, empezando a incorporarse. Si eso era así, estaba perdido. No tenía posibilidad alguna de eludir un chorro de luz sobre él. Y muchísimo menos, una lluvia de disparos mortíferos.

En las vigas del techo, como en un estudio cinematográfico o en un teatro de enormes dimensiones escénicas, empezaron a centellear círculos de luz, que derramaron un auténtico caudal de claridad sobre el suelo metálico, haciendo destacar, como si fuera de un pigmeo, la figura encogida de Duncan Parks, cazado en una trampa mortal, a merced totalmente de los asesinos emboscados arriba, dentro de aquel siniestro y olvidado caserón de Melbourne...

* * *

Jamás, en toda su larga carrera de aventuras, en sus años de agente al servicio del Cuerpo ejemplar, destinado a reprimir el delito y el crimen en la Tierra y en el espacio exterior, había visto Duncan Parks la muerte tan cercana, tan inexorable y tan imposible de evitar, como en aquellos breves, angustiosos momentos en que la luz le arropó crudamente en su violenta blancura, ofreciendo un blanco perfecto a los emboscados.

Duncan no podía hacer muchas cosas. Reconocía que había sido un loco al meterse en aquella aventura, pero ya no tenía remedio. Debió de acudir con una patrulla de la policía australiana, para evitar riesgos. Había querido previamente confirmar sus sospechas de que aquel lugar significaba algo en el misterio. Y ahora, demasiado tarde ya, comprendía que ese no era el más prudente ni atinado de los sistemas.

En cuanto la luz cayó sobre él, miró en torno, buscando un refugio. Al envolverle la claridad, el cuerpo de Duncan, flexible como el de un gato, y vivaz como el de un reptil empeñado en furiosa lucha contra enemigos más poderosos, ya estaba en movimiento, ya saltaba, con elasticidad inaudita, hacia el único lugar que consideraba relativamente seguro: una de las dos

grandes columnas de hierro que realizaban el milagro de sostener aquel vetusto armazón ruinoso.

Era una columna formada de traviesas, con un interior hueco, que envolvían esas traviesas entrelazadas, como una especie de Torre Eiffel en escala reducida.

Una ráfaga de proyectiles explosivos le siguió virulenta. Maullaron las balas al rebotar en los hierros. Otras estallaron en el aire, y algunas lo hicieron en el suelo metálico o en los muros de piedra y ladrillo.

Pero no lograron tocar a Duncan, que había metido su enjuto, elástico cuerpo musculoso y flexible por entre los hierros, encogiéndose dentro de la columna hueca, robusta, hecha de entrelazado férreo.

—¡Está allí! ¡En la columna! ¡Tirad hasta destruirle! ¡Tirad! —ordenó la misma voz estridente de antes, desde la atalaya privilegiada de las vigas.

Duncan se rebulló en su escondite, y disparó contra el foco que con mayor intensidad caía sobre él. Su pistola lanzó un proyectil de alta carga explosiva, y arriba se hicieron añicos los vidrios de dos focos, dejando de alumbrar a Duncan. Había otros varios torrentes de luz, pero estos empezaron a danzar, en su afán de caer sobre la columna, para siluetear a Duncan, repentinamente fundido con una iluminación defectuosa, que hacía imposible el blanco.

Aun así, los proyectiles llovieron sobre la columna. De tal modo, que las balas corrosivas empleadas por los asesinos ahora mordieron el hierro, disolviéndolo.

Parks observó que la columna se quebraba en su base, y empezaba a doblegarse. Sonrió con dureza. Tal vez aquellos locos estaban dándole la posibilidad increíble de poder huir de aquel maldito lugar.

No vaciló ahora, aunque tampoco se arriesgó en dejarse ver de los tiradores emplazados en lo alto. Hizo fuego nuevamente. Una, dos, tres veces. Pero no sobre los hombres de arriba, sino tomando por blanco la otra columna, gemela de la que a él le servía de refugio.

Los proyectiles explosivos, de altísima concentración, al agruparse sobre las traviesas de hierro, estallaron, reventando el metal, arrugando las traviesas de la base. Crujió amenazadoramente la columna...

Sin permitirse un breve reposo, Duncan ahora disparó sobre su propia columna, justamente al punto de la base donde no habían tocado las balas corrosivas de los asesinos.

El armazón entero de vigas, en lo alto, empezó a crujir y oscilar amenazadoramente, al fallar por sus dos sólidas bases súbitamente. Duncan oyó gritos agudos en lo alto. Y carreras desesperadas sobre las traviesas de metal.

Uno de los focos cayó con estrépito al suelo, desprendiéndose de su precario emplazamiento. Con una llamarada, la potente lámpara y su pantalla

de cristal se hicieron pedazos, no lejos de Duncan Parks.

El agente de la SIP miró hacia la altura. Los estremecimientos y sacudidas eran alarmantes ya. La propia columna en la cual se escondía él, empezaba a vacilar. No podía perder más tiempo.

Ahora, sus adversarios estaban demasiado preocupados intentando la fuga del lugar en peligro, para perder segundos preciosos en disparar sobre él. Parks salió de su refugio y corrió a través de la gran nave desierta. Una de las dos columnas se derrumbó de pronto, con terrible estruendo de hierros, arrastrando en su caída algunas traviesas de la altura.

Duncan se estremeció al escuchar los gritos e impactos de algunos de sus enemigos, al golpear el suelo. Desde aquella altura era de imaginar cómo quedarían.

Alcanzó la ventana entreabierta, tiró de las hojas de madera y vidrio, y luego saltó al exterior, a través del hueco abierto en la red metálica.

Se encontró en la acera de Bay Road. Ya acudían grupos de gentes, atraídos por las explosiones y por el fragor del dramático derrumbamiento.

Cuando Duncan pisó la calle, un estruendo horrible marcó el final de la segunda columna férrea. Y, con ella, de todo el techo de la casa, derrumbándose hecho añicos, con todos los forajidos que había ocultado en la mortífera trampa tendida a Duncan Parks.

—¿Qué ocurre? —indagó uno, al llegar—. ¡Se está hundiendo esa casa!

—Sí, se está hundiendo —asintió Duncan—. Avisen a las Brigadas de Salvamento y a la Policía. Habrá que sacar de ahí a unos cuantos... aunque no creo que muchos de ellos sobrevivan...

CAPÍTULO VII

LA EPIDEMIA



IERTAMENTE, no han sobrevivido muchos —suspiró el doctor Elwood—. No hay más que uno de los heridos en condiciones de hablar, por lo que respecta al estado físico. Pero no creo que lo pueda hacer nunca.

—¿Por qué?

—Una de las vigas debió golpearle cuando gritaba. Le cortó la lengua. No emite más que sonidos ininteligibles. ¿Quiere verle?

—Sí, por favor.

Siguió al doctor Elwood a una estancia de la clínica. Allí se encontró con el comandante Burke, de la policía de Melbourne, con la enfermera June Raymond y con algunos otros miembros de la policía y del cuerpo sanitario. Rodeaban todos al infortunado individuo que yacía en el lecho. Duncan aún no había tenido ocasión de ver a los heridos del almacén derrumbado. Supo que eran siete, y que seis murieron antes de poder decir nada en absoluto. Es más, de los seis, ya cuatro estaban muertos al llegar la Brigada de Salvamento. Este último, vivía. Pero cubierto de heridas... y sin lengua.

Duncan Parks le reconoció enseguida. Había visto suficientes fotografías e informes de él en los archivos de la SIP para saber quién era.

—Ned Christian —musitó, impresionado—. El hermano de Ralph...

—¿Éste es? —se sorprendió el médico.

—Sí, éste es Ned Christian —miró al comandante Burke—. El otro hombre reclamado por la SIP, en relación con la venta de aureplatium, en África del Norte. Él y su hermano Ralph, vendieron dos mil gramos de ese mineral en Casablanca y Tánger. Es inaudito. Una cantidad que no existe entre el mundo y los planetas ricos en aureplatium... ¡lo vendieron estos dos en el mercado negro! No logro entenderlo.

Se acercó a pasos rápidos hasta el herido, que estaba semiinconsciente, cubierta su cabeza de vendajes, y con la boca abierta, y el trozo de lengua asomando como un muñón horrible, una vez restañada la hemorragia. Se encontró con los ojos de Ned. No eran saltones, como los de Ralph. Pero tenían un tono verdoso también. Y miraban fijamente.

—Conque tú estabas entre mis enemigos, ¿eh, Christian? —dijo duramente

Parks.

El otro no dijo nada, no movió la cabeza de las almohadas, no parpadeó ni movió tampoco los labios, hinchados y sangrantes. Duncan siguió, tajante:

—Parece mentira que sirvas a los tipos que han tenido la culpa de la muerte de tu hermano Ralph...—vio el destello burlón en las pupilas de Ned y le espetó—: ¡Sí, no lo dudes! Está abajo, en el depósito... Muerto... Muerto de esa epidemia que ha dado ya a otros anteriormente. Cordell, Hendrick, O'Rilley, Scholtz... A todos esos los conoces bien, ¿verdad?

El otro siguió mudo, impasible. Duncan le atacó, despiadadamente, pese al gesto del comandante Burke, recomendándole con ademanes que tuviera compasión del herido:

—Todos debéis tener la epidemia encima. ¡Mira sus síntomas! —tomó la mano derecha del herido, con tal violencia, que éste se encogió, parpadeando. Incluso boqueó ligeramente, pero sin emitir sonido alguno—. Mira esas manchas... Metalizadas, plateadas... Estás enfermo. Enfermo como todos los demás... ¡Morirás, Ned!

Otra vez la desesperante luz burlona. June Raymond, advirtiendo su intención, puso su contribución espontánea al esfuerzo de Duncan:

—Es verdad. Esas manchas estaban en las manos de todos los que murieron de la peste. Esa extraña peste que mató a Ralph Christian y a los demás...

Ned no dijo nada. Bajó los párpados y respiró hondo. Parecía dispuesto a dormir, despreocupándose por completo de los demás. El doctor Elwood, alarmado, al escuchar a Duncan la mención de las extrañas manchas plateadas, había empezado a dar urgentes órdenes de desalojar la estancia, y dejar solo y aislado al enfermo.

Duncan Parks se apartó trabajosamente, tras examinar con largueza la mano manchada del herido. Rufus Elwood, ya en el pasillo de la clínica, le reprochó vivamente:

—No debió de hacer eso, Parks. Ahora será preciso aislarle también a usted, esterilizarle cuidadosamente, para evitar contagios o infecciones...

Inesperadamente, Duncan sonrió, meneando la cabeza con aíre de tranquilidad.

—No se preocupe, doctor. No creo que esas manchas sean síntoma ninguno de la epidemia. Al menos, no de contagio alguno. Tuvo usted razón en lo que dijo. Son quemaduras. Quemaduras a ras de piel.

—¿Qué quiere decir con eso? Las quemaduras pueden ser el síntoma. Y tocarlas, puede ser altamente contagioso...

—No lo creo. Es cierto que se quemó las manos, como los otros, con una misma sustancia utilizada en cantidad. ¿Sabe una cosa, doctor Elwood?

—¿Qué Parks?

—Sin ser médico, creo que sé a qué se debe esa epidemia. Y también esas

quemaduras.

—¿A qué?

—A una razón muy sencilla, doctor. Alguien me dijo que el aureplatium puede ser nocivo... si se manejan grandes cantidades. Nadie, hasta hoy, manejó tanto como los Christian. Y seguramente esos otros, todos, lo tocaron también, manipularon con el aureplatium... quemándose los dedos, la piel de sus manos, al contacto con el mineral, que no es radiactivo, pero sí corrosivo, y tal vez, esa misma fuerza corrosiva de aureplatium, es la que provoca las víctimas de esta terrible epidemia, al producir desgarros y úlceras en la naturaleza de los que lo manejaron...

—Cielos —susurró el doctor Rufus Elwood, inclinando con estupor su cabeza—. No será usted médico, Parks... pero creo que está en lo cierto.

* * *

—Entonces... ¿cuál es su teoría completa, Parks?

—Ésta, señor. Esa gente recluía a los hombres amargados, a los que fracasan, tras una pena de prisión, por la incomprensión de la sociedad unas veces, y por propios errores las otras. Así, obtienen personal de todas las clases. Conductores de vehículos espaciales, mineros, técnicos, etc., para obtener el aureplatium, distribuirlo y pasarlo de contrabando sin que las autoridades espaciales nos enteremos. Para ello cuidan de disponer de hábiles contrabandistas que ya anteriormente pagaron por ese delito. Entonces, el contrabando se reduce a situar en los mercados mundiales un mineral preciso, de incalculable valor, como en el caso del aureplatium.

—Pero siempre volvemos al mismo punto, Parks —declaró Donald Callowan, Jefe Supremo de la SIP, dando paseos por su oficina—. ¿De dónde obtienen el aureplatium?

—Ese es el punto X, señor. Admito mi fracaso en eso. Van Buren no dispone de ese mineral. Solamente el magnate Sherman Fansworth posee reservas de aureplatium, pero sus declaraciones mismas contradicen la posible existencia de grandes cantidades, como las vendidas.

—Puede mentir.

—Puede hacerlo, señor. Pero sigo afirmando que resulta improbable sacar dos mil gramos de yacimientos oficiales, sin que nadie se aperciba de ello, ni merme su habitual obtención del mineral.

—Entonces, deme una explicación mejor —Callowan se detuvo bruscamente, volviéndose hacia él. Se arrancó el cigarro habano de los labios, y apuntó con él a Duncan Parks, obstinadamente—. Escuche, muchacho. Usted es un agente magnífico. Por eso le di el caso del aureplatium. Tengo «olfato» en estas cosas, y sé cuándo un problema se va a complicar seriamente. Estaba seguro de que no sería fácil llegar al final, ni aquí ni en la Luna. Carecemos de toda clase de indicios, trabajamos virtualmente en la

sombra. Fansworth es demasiado importante para meternos abiertamente con él. Y Van Buren y otros mineros, carecen de yacimientos de aureplatium... en apariencia.

—¿Sugiere usted, señor, la existencia de yacimientos secretos?

—Sería una posibilidad.

—Evidentemente. Lo sería. Eso lo explicaría todo. Pero nos tropezamos con el problema básico.

—¿Cuál, muchacho?

—El personal. Una cosa es contar con un grupo de rufianes o de exconvictos, que cobran por su labor sin escrúpulos. Y otra muy diferente reclutar mineros en cantidades. Harían falta muchos para explotar un yacimiento de la magnitud precisa para dar dos mil gramos de aureplatium. Se notaría en el acto la ausencia de esos mineros, se advertiría algo fuera de lo corriente. No, sinceramente no creo en tal posibilidad.

—Sí —rio Callowan, meneando la cabeza—. Tal vez tenga usted razón en eso. No se me había ocurrido. La esclavitud desapareció hace muchos años en la Tierra. Entonces, a un feudal le era posible reclutar carga humana en África y en lugares así, para sus trabajos forzados. Pero ahora no existe eso. Había que pensar en un cuerpo denso de mineros. Y no creo que existan bajas numerosas en el personal minero, ni desapariciones que hagan sospechar de un servicio a los delincuentes. Aparte que sería prácticamente imposible obligar a callar, por dinero o por miedo, a cientos de personas.

—A pesar de todo, averigüe si faltan mineros —indicó Duncan a su jefe—. Aunque creo que perderá el tiempo.

—Yo también. Dejemos eso, Parks, muchacho. Y dígame ahora, ¿qué piensa hacer en lo sucesivo, para encontrar algún rastro, alguna pista que le conduzca a nuevos descubrimientos de lo que puede estar ocurriendo en el mundo y en otros planetas, con ese dichoso mineral?

—No tengo una idea fija, señor. En realidad, me siento algo desconcertado. Pero hay una jovencita en Melbourne que me ha prestado una gran ayuda, y con la que simpatizo mucho.

—¿La enfermera Raymond?

—La misma, señor. Por fin ha obtenido sus vacaciones... hasta nuevo aviso —sonrió—. Y vamos a aprovecharlas los dos para ir a bailar y todo eso. ¿Le parece mal, señor?

—Oh, no —Donald Callowan le guiñó un ojo, encendiendo con calma su cigarro—. Ya adivino lo que pretende. Divertirse con la muchacha, sí. Pero al mismo tiempo, ir averiguando nuevos detalles... y quizá, quizá, estar a la expectativa de lo que pueda suceder en las siguientes horas, con esa epidemia que nos revelará con mayor seguridad que ningún otro indicio, la existencia de aureplatium y de traficantes ilegales del mismo.

—Justamente, señor. Sí, en apariencia, pudiera ser relevado de la misión

actual. Si SIP resolviera que el asunto de las ventas en África se ha resuelto, y mi labor no es necesaria...

—Entiendo. La SIP creo que no va a tener inconveniente en concederle un permiso, por término de su misión... oficialmente.

—Gracias, señor. Eso será todo —sonrió Duncan, inclinándose respetuoso.

Se encaminó a la salida de la oficina. Donald Callowan fumó pensativo unos instantes. Luego, se redujo a decir con voz grave:

—Felices vacaciones, agente Parks... y mucho cuidado.

—¿Con la chica, señor? —puntualizó irónicamente Duncan.

—Usted entiende muy bien a lo que me refiero al indicarle cuidado —dijo Callowan con firmeza.

Duncan, asintió, y luego hizo un gesto de confianza, saliendo del despacho. Cerró tras de sí la puerta. Donald Callowan se quedó erguido en mitad de la estancia, contemplando pensativamente la puerta que acababan de cerrar.

Chupó el cigarro con fuerza. Se había vuelto a apagar. De pronto, el tabaco le supo áspero, y comprendió entonces que las cosas no iban bien. No, no le gustaban los graves riesgos que el joven y valeroso Duncan Parks estaba corriendo. Nunca le gustaban los peligros para sus hombres pero en este caso esos peligros eran singularmente oscuros y siniestros. Ni siquiera sabían contra quiénes peleaban.

Habían llegado a conocer el nombre de algunos. Los Christian, Cordell, Hendrick O'Rilley y otros. Meros comparsas todos. Los auténticos protagonistas del asunto permanecían en el anónimo. El origen del mineral también. El sistema, seguido por la organización, tampoco era conocido.

Sabían que se enfrentaban a una especie de pulpo con cien tentáculos. Una sociedad secreta delictiva, encargada de inundar el mundo del más valioso metal valioso que jamás se conocí. Esos no eran delincuentes vulgares. Si robaban el metal precioso o lo obtenían directamente de algún lado, seguían sin ser vulgares ni mucho menos.

La vida de Duncan había estado en peligro varias veces. Quizá volviera a estarlo otras, si ahondaba demasiado, si su uña, al rascar la superficie del misterio, encontraba alero aprovechable debajo.

Irritado, estrujó el cigarro en un cenicero y dio varios paseos más como una fiera enjaulada. No, no le gustaba el asunto. No le gustaba absolutamente nada...

Y cuando eso le sucedía a Donald Callowan, Jefe Supremo de la «Spacial International Police», su predilecta afición, que era fumar cigarros habanos, se convertía en una especie de irritante costumbre. Y renunciaba a ellos, hasta no ver resuelto el caso.

—Resuelto el caso... —refunfuñó, al pensarlo—. ¿Lo estará alguna vez, maldita sea...?

*   *   *

—Otra vez en la Luna... Me pregunto por cuánto tiempo ahora...

—Yo también —sonrió Duncan—. La epidemia, al parecer, se ha cortado súbitamente. No la reclaman a usted de su clínica.

—Y a usted, la SIP le ha juzgado excesivamente fatigado, ¿no es eso?

—Uno nunca está seguro cuando le relevan de una misión, si es por concederle descanso, o porque lo ha hecho tan mal, que prefieren confiar en otro.

—No diga eso, Duncan. Lo hizo maravillosamente. Y corrió muy serios peligros.

—Eso no quiere decir nada —el baile se hizo algo más rápido, y dejaron de hablar, para seguir las vueltas de la melodía, por la bellísima sala, de decoración sideral, luces prodigiosamente dispuestas, y aire cosmopolita.

En Luna-Término, habían tenido el buen gusto de instalar, además de oficinas, espaciódromos, hoteles y todo eso, una espléndida sala de fiestas, un local nocturno que, precisamente por edificarse en la Luna, era quizás el más nocturno de todos los conocidos.

Llevar en brazos a June Raymond, era como trasladar a una pluma. No porque la gravedad lunar, adaptada al ser humano en todas partes, pero más ligeramente aquí, para darle superior belleza al baile, lo hiciera fácil, sino porque era una criatura deliciosamente fluida, alada, cuando sonaba la música. Su figura, aunque esbelta y bien dotada de curvas, parecía perder peso con la danza. Y tal vez fuera así, después de todo.

Regresaron a su mesa aérea, una de aquellas graciosas plataformas volantes, situadas en torno a la pista, en el aire, por la magia de la menor gravedad y el ingenio eléctrico puesto al servicio del sistema decorador de aquel salón.

Sentáronse a ambos lados de la negra, bruñida y hemisférica mesa, con forma de cuarto creciente. Se sonrieron, al chocar sus copas de «batnia», la jugosa bebida tropical marciana.

Duncan dijo:

—Por usted, June. Y por estas vacaciones en el satélite natural de la Tierra.

—Por usted, Duncan. Fue una idea maravillosa venir aquí esta noche. Es el más bello y desconcertante lugar que conocí jamás.

La música llegaba a ellos en oleadas suaves, tamizadas, repetidas por un ingenioso sistema de ondas electrónicas, en el propio aire, sin altavoces ni otros sistemas de sonido metálico. Todo allí era suave. Las bebidas, la música, el ambiente, la luz, el hecho de que la mesa, los asientos y ellos mismos, parecieran flotar en el vacío pudiendo ver allá abajo a las parejas girando en la pista, descubriendo cómo otras parejas descendían riendo por los invisibles «serpentines», o senderos de aire por los que una corriente magnética

deslizaba a las personas hasta la misma pista.

—¿Ha pensado en volver aquí el día que se case, June? —preguntó Duncan.

—¿Y por qué había de hacerlo? —sonrió ella, mirándole tras el vidrio irisado de su copa.

—Porque entonces será doble luna de miel... —rio el joven alegremente.

Volvieron a beber. De súbito, en el «serpentín» de magneto-aire, junto a ellos, una figura humana se detuvo a su nivel. Duncan la presintió, sin verla aún. Luego, antes de que se volviese, mientras June miraba atentamente hacia el lugar donde se hallaba, saludó cordialmente:

—Vaya, qué sorpresa. Buenas noches, señor Parks. ¿Se divierte en la Luna?

—Mucho —Duncan giró la cabeza y dedicó una inclinación cortés al hombre alto, de cabellos plateados y *smoking* verde, que le sonreía fríamente ceremonioso—. ¿Frecuenta usted los lugares de diversión nocturnos?

—No con la frecuencia que sería lógica en este astro —opinó burlonamente el magnate de los yacimientos de aureplatium—. Desde que vivo en la Luna he llegado a creer que siempre es noche. Sólo el trabajo me lo hace olvidar con demasiada frecuencia.

—Lo comprendo, Fansworth. Usted sigue atareado. Mi caso es diferente.

—Sí, ya veo —miró a June con interés—. Una tarea muy grata la suya.

—Le presento a mi buena amiga June Raymond. Pero no me refería a ella, señor. Es que no trabajo ahora.

—¿Cómo? ¿Ya dejó a sus buenos amigos de la SIP?

—Lo cierto es que ellos me han dejado un poco a mí. He sido relevado. Otro agente se cuidará de seguir el caso que yo inicié.

—¿Debo lamentarlo o felicitarle? —sonrió fríamente el minero.

—Ni siquiera yo lo sé. Supongo Que será mejor lamentarlo por el agente. Y felicitar al hombre, a la persona. Tareas como esa, nunca traen nada bueno. Estuvieron a punto de matarme por dos veces, desde que nos vimos usted y yo, Fansworth.

—Oh, eso es lamentable —se volvió. Una muchacha de cabello dorado le hacía señas desde una mesa aérea. Duncan pensó que él también sabía hacer gratas sus horas de descanso, lejos de los yacimientos mineros—. Bien, amigos míos, les dejo. Si algo precisa de mí, cuente con ello. Excepto aureplatium, por supuesto. Sigue siendo un metal muy raro y valioso, a pesar de todo.

—Lo sé —asintió Duncan—. Esperemos que mi substituto encuentre ese yacimiento fantasma del que sale tanto aureplatium, y entonces bajará en los mercados, y podré regalar un collar o una pulsera de aureplatium a una chica...

—Se lo deseo sinceramente. Buenas noches.

Se alejó por el serpentín de aire magnético canalizado. Duncan le vio alejarse, con expresión pensativa. Luego, al volverse a June, ya sonreía de nuevo, jovial. Descubrió entre las cejas de la muchacha un fruncimiento también pensativo, y lo ahuyentó llenando nuevamente las copas con el rosado «batnia» de Marte, y exclamando en tono jocoso:

—¡Brindemos de nuevo, June! Y luego a bailar, ¿eh, pequeña?

—Sí, Duncan —asintió ella—. Brindemos...

Pero continuaba pensativa, como preocupada por algo repentino, con lo que no había contado. Duncan, inclinándose hacia ella, cogió una de sus manos, la oprimió con fuerza e inquirió:

—¿Preocupada por algo?

—Pues no, no... —se volvió a él. Su mirada era opaca. Incluso había perdido algo de color en sus mejillas. Duncan atribuyó a los raros juegos de luz y color de la sala, el no haberlo descubierto antes—. No era nada, Duncan...

—Sin embargo, parecía haber visto un fantasma. ¿Acaso conoce a Fansworth?

—Oh, no, no era a Fansworth a quién miraba —ella agitó una mano, como alejando esa posibilidad definitivamente—. Miré casualmente hacia la puerta del local y... Oh, pero es una tontería, Duncan, no merece la pena hablar de ella.

—A pesar de todo, me gustaría saberla.

—Es que, ¿sabe? un hombre de *smoking* azul asomó hace un instante a la sala. Parecía que iba a entrar, luego se detuvo, miró hacia aquí y se volvió, desapareciendo.

—Vaya... ¿Sospechando ya de la gente inocente, señorita detective? —rio Duncan—. Tendré que separarme de usted, para que vuelva a ser una chica normal.

—No sea así, Duncan. No era por eso por lo que me preocupaba. Es que... debió de ser mi imaginación, claro está... Pero el hombre que asomó ahí... «era idéntico al difunto Stuart Cordell». De no haberle visto yo morir, hubiera jurado que era él...

CAPÍTULO VIII

UN PASO HACIA EL FIN



O, June; no es posible que viera usted eso...

—Pues lo vi. Tan claramente como ahora le veo a usted... Ya le digo que posiblemente fuese todo obra de mi imaginación. Era cuando Fansworth iniciaba el descenso. No sé sí aquel hombre se marchó porque vio bajar a Fansworth o porque nos vio a nosotros aquí. Lo cierto es que se alejó rápidamente, como si de pronto quemara el suelo de este local.

—Sí, eso lo he entendido muy bien, June. Pero Cordell... ¡Cordell, que murió y fue quemado hace tiempo!... A no ser...

—A no ser ¿qué?

—A no ser que aquel que usted vio morir no fuese Cordell, sino un «doble» una contrafigura.

—¿Y por qué eso?

—Sí, es lo desconcertante. También éste podía ser el «doble», en tal caso. Pero de cualquier modo, ¿por qué?

—Por favor, Duncan, deje de pensar en todo eso. Se volverá loco, y no sacará nada en claro. Además, después de todo, usted está al margen del asunto ya.

—Sí, June —de súbito, Duncan oprimió la muñeca de la joven con su mano. La miró obstinadamente al fondo de sus pupilas—. Y ahora escuche una cosa, amiga mía...

—Le escucho, Duncan. ¿Qué tiene que decirme?

—Esto: ocurra lo que ocurra, usted no juegue a detectives, ni admita ver nunca nada. No me gustaría que corriese peligros.

—No los correré, Duncan —prometió la joven—. Después de todo, sólo he creído ver...

—Pues no lo hable con nadie. Ni crea nada de nada. Usted no vio nada. ¿De acuerdo?

—Sí... —habló en un murmullo. Estaba impresionada aunque trataba de ocultarlo. Miró a Parks con aire inquieto—. En serio, Duncan, ¿es verdad que está usted al margen del caso, o solamente en apariencia?

—Métase esto en la cabeza, criatura: no tengo nada que ver con el asunto. Ni usted tampoco. Olvídese de todo, y disfrute de sus vacaciones. Nada más.

Detuvo el turbocohete ante el «Moon Hotel». June ocupaba uno de los «bungalows» del ala sur. Duncan se alojaba en un apartamento, al norte. La muchacha abrió la portezuela. Puso el pie en la cinta de metal de la ruta, y tendió su mano a Parks.

—Hasta mañana —dijo con voz grave—. Y olvide mis tonterías, Duncan.

Parks dijo:

—Y usted las mías, June. Hasta mañana.

Apretó su mano con calor, y se separaron. Ella se alejó por entre los «bungalows», camino del que ocupaba. Había sido una hermosa noche.

Duncan suspiró, viéndola alejarse por el recinto del hotel, provisto de generadores de aire que hacían inútil la escafandra, aun en zonas descubiertas. Un muro invisible, electromagnético, impedía la pérdida del aire respirable generado, hasta su total reducción a carbono, momento en que de nuevo los generadores producían oxígeno.

El turbocohete, a marcha moderada, le arrastró un trecho más, hasta su propia entrada. Bostezó, saltando a tierra. Reclamado por algún otro noctámbulo, en un aparcamiento de turbocohetes, nada más cerrar la portezuela se alejó a buena marcha, hasta ser sólo un sibilante puntito en la distancia.

Duncan echó a andar con parsimonia hacia su habitación. Iba pensando en la noche pasada en el local de baile. Lamentaba tener que mentir a June, decirle que no actuaba para la SIP, asegurar que sólo quería divertirse y bailar. Cuando en realidad, seguía siendo el agente especial encargado del caso, y cada visita a un lugar de diversión, tenía una meta bien definida: vigilar a los hombres importantes del mundo minero selenita. Van Buren, Fansworth, Dekker, Kawoyan...

A todos había visto en aquellos días. Van Buren y Fansworth iban mucho al local donde halló esa noche a Fansworth. Los otros dos no eran tan fáciles de ver. Tendrían otros garitos de menor monta para ellos.

Fansworth seguía pareciendo un hombre normal, el magnate frío y severo que siempre había sido. En cuanto a Van Buren, tampoco parecía alarmado o inquieto por nada.

Duncan se decía si sería cierta su corazonada, de que en Luna-Término podía estar una de las claves del enigma. Hasta entonces, la cuadrilla de traficantes había actuado con cuarteles generales momentáneos, accidentales. Como el viejo almacén de Melbourne, como el que debieron tener en Nueva York, cuando Hendrick recibió unas señas y un nombre falso, como único dato de sus nuevos patronos.

Debía de existir el auténtico cuartel general, el lugar de donde partían las órdenes, donde se controlaban las actividades. Quizá, incluso, donde almacenaban más aureplatium, en espera de lanzarlo a los mercados en forma

fraudulenta.

Pero su labor ahora era pasiva, si quería descubrir algo, confiando al enemigo. Y eso no iba con el temperamento de Duncan Parks. Le costaba mucho trabajo adaptarse a esta situación inactiva, callada, tensa. Esperando algo.

¿Esperando qué?

Ni siquiera sabía lo que podía suceder. Simplemente, esperaba.

* * *

June Raymond introdujo la llave de forma esférica en su extremo, dentro del orificio de la cerradura. Giró la esfera sobre un sistema de dientes, y se abrió la hoja metálica, deslizándose hasta desaparecer en el muro.

Entró en su pequeño «bungalow» rectangular, de líneas modernas y sencillas. Se detuvo el tiempo preciso para cerrar tras de sí y depositar su escafandra plástica y sus guantes sobre un mueble.

Avanzó hacia el gabinete, tarareando la melodía que bailara en la sala con Duncan.

De súbito, al encenderse automáticamente la luz, al pisar ella el umbral de entrada al gabinete, se detuvo en seco. Sus ojos se abrieron enormemente y quiso lanzar un grito terrible de angustia.

Quedó en simple intención, porque una mano recia, ancha y enguantada, cubrió su boca. Una figura sólida, emergiendo de entre las cortinas laterales, la empujó contra el muro, reteniéndola allí.

Y el hombre de *smoking* azul, sentado en una de las sillas de espuma situadas frente a la puerta, se levantó con calma, clavando fríamente sus ojos en la joven.

—Ya te dije que me había visto —observó con voz dura—. E incluso me reconoció.

—Hiciste mal en dejarte ver —gruñó el otro, sin soltar a la atemorizada June Raymond—. Posiblemente ha hablado con ese Duncan Parks... y le ha dicho que te vio.

—Oh, él no lo habrá creído —miró fijamente a la muchacha, que le estudiaba con terror. Sonrió, con un extraño gesto en su faz—. ¿O acaso él sabe ya que yo, Stuart Cordell, estoy vivo?

Movió la cabeza negativamente, con un frenético gesto. Los hombres se miraron. Luego Cordell observó con voz dura:

—A pesar de todo, no podemos fiarnos. Cuando Duncan vea que la chica ha desaparecido, tratará de dar con ella, recordará lo que ella pudo contarle... y no conviene que sepa nada en absoluto. Se ha acercado ya demasiado a la solución, para dejarle seguir adelante.

—Sí. Será mejor terminar también con él... Entretanto, llevaremos a la chica con nosotros. Duncan sería un estorbo. Es preferible acabar con él mientras duerme, para evitar que se defienda como él sabe hacerlo.

—Convenido. Tú puedes cuidarte de eso. Avisa a otro para que te ayude. Yo me cuidaré de la muchacha.

Y, súbitamente, antes de que la aterrorizada June Raymond pudiera siquiera imaginar sus intenciones, Stuart Cordell, el hombre «resucitado», levantó su mano recia, maciza. Pegó un golpe violento en la sien de la muchacha.

June Raymond lanzó un ahogado gemido y se derrumbó sobre la alfombra, totalmente inconsciente.

—Ahora ve a matar a Duncan Parks —dijo con voz glacial.

El otro asintió.

* * *

La Luna era ahora más blanca que nunca. Esponjosa, suave bajo sus pies. El cielo, por encima, salpicado de estrellas rutilantes, tenía un color azul increíble. Y en el aire flotaban extrañas mesas, con caras rientes flotando a su vez sobre ellas.

Duncan pasaba corriendo por la llanura sin fin, salpicada de cráteres. En ellos bullía un líquido rosado, haciendo borbotones. Era «batnia», la bebida marciana.

La música llegaba de todas partes. La traía el aire, incluso la luz parecía venir envuelta en melodías. Duncan corría y danzaba a la vez, como en un ballet mágico.

De súbito, veía ante sí a June. Estaba hundiéndose en uno de los cráteres de «batnia». La rodeaba un grupo de hombres, danzando alocadamente, cogidos de las manos. Allí estaban Fansworth, Van Buren, el doctor Elwood, Kawoyan, Dekker... A todos les divertía aquello. Reían, mientras June se hundía. Duncan entonces corría a apartarles, les derribaba por el suelo, caían como si fueran imágenes a cámara lenta. June le tendía sus brazos. ¡Iba a salvarla!

Y, de pronto, June se hundía de nuevo, se hundía... Unas manos la arrastraban al fondo. Una faz asomaba riendo, a la vez que tiraba de ella a la profundidad del cráter rosado. Era Stuart Cordell.

Y detrás de él, en legión inacabable, otros rostros conocidos... Hendrick, los Christian, O’Rilley, Scholtz, Pedro Álvaro... Todos los muertos, riéndose de él, llevándose consigo a June...

Despertó de un brinco. Sobresaltado, bañado en sudor. Aún con el recuerdo de la pesadilla invadiendo su mente. En la oscuridad azulada de su

alcoba, se extinguieron, como jirones de una visión alucinante, los últimos instantes del sueño.

Pero quedaban, como una imagen diabólica, los rostros rientes de los muertos, de los que habían sido aniquilados por la extraña epidemia, riéndose de él, danzando en la oscuridad.

Sólo existían en su mente, claro está. Sin embargo, Duncan sentía de súbito una inquietud febril. Algo... algo en aquel sueño era «real». No había soñado simplemente. Su sueño fue un reflejo instantáneo, deformado, de un presentimiento, de una idea imbuida de forma subconsciente en su cerebro.

Iba a saltar de la cama, excitado, para tomar café y poner en orden sus ideas. Entonces percibió el leve roce de unas pisadas en el gabinete anterior a su alcoba.

Parks no era medroso ni imaginativo. Cuando creía oír un ruido... es que «lo oía».

Contempló las cortinas cerradas. Más allá había alguien. Alguien que se estaba acercando a su lecho. Rápido, tomó algo de su mesilla. La pistola. Y la pequeña linterna inseparable. Le bastó girar el disco posterior. La luz que saliera ahora sería infrarroja. Invisible para el intruso. Pero no para él, que aplicó con rapidez una placa de filtro infrarrojo a su ojo derecho, extrayendo la placa circular del mismo depósito posterior de la linterna. El equipo suyo, como agente especial de la SIP, era completo, para toda clase de emergencias.

Esperó, tenso. Las cortinas se agitaron. La oscuridad en la estancia era absoluta. Para el que llegase de fuera, aún lo sería más. Pero con su ojo derecho, Duncan veía ahora perfectamente el cerco de luz infrarroja, en el centro de la cortina.

Se deslizó ésta de súbito. La figura de un hombre apareció. Y la de otro detrás. Ambos empuñaban armas. Un revólver desintegrante, y un cuchillo eléctrico. Cualquiera de ellas, bien manejada, era mortal por completo.

De haberle sorprendido dormido, las esperanzas de salir con bien hubieran sido muy remotas. Ahora todo cambiaba, gracias a un oportuno despertar, a una oportunísima pesadilla...

Uno de los dos hombres esgrimió una linterna. Iba a asestarla sobre él de súbito, para acribillarle allí mismo, para desintegrar su cuerpo a balazos corrosivos.

Duncan Parks no esperó más. Tampoco tuvo piedad. Era un duelo a muerte, y a muerte lucharía.

Apuntó a sus enemigos. Hizo dos disparos casi simultáneos, tan rápidamente siguieron el uno al otro.

Dos cargas explosivas alcanzaron las cabezas de los agresores. Duncan escuchó sus cortos gritos de horror. Luego no vio sino dos cuerpos sin cabeza, derrumbándose en tierra, tras el espantoso estallido de las balas en sus

cráneos.

Saltó vivamente del lecho, corrió al gabinete. No había nadie más. Solamente sus dos fracasados agresores, para quienes la muerte fue sin duda una tremenda sorpresa, llegando de la oscuridad cuando más seguros estaban de su triunfo.

Ahora Duncan no pensaba ya en sí mismo. Estaba intentando pensar en otras cosas. En June, sobre todo... Si le habían atacado a él, tal vez era porque creían que sabía demasiado, o era peligroso. Pero si su repentina teoría, mientras dormía, era cierta, June peligraba también... ¡Porque ella había visto con sus propios ojos al «resucitado» Stuart Cordell!

Solamente se puso un pantalón sobre sus ropas interiores. Con el torso desnudo, saltó al corredor del hotel, esgrimiendo su arma. Las detonaciones habían sido percibidas. La gente acudía a la carrera, en busca de noticias. Al ver a Duncan, retrocedieron vivamente, y el joven siguió adelante, sin detenerse en explicaciones.

En vez de correr al ascensor, salió a la terraza sur, amplia y asomada sobre el jardín artificial lunar donde se alzaban los «bungalows».

Se asomó, aguzando la mirada.

Era justamente el momento oportuno. Un turborocket despegaba ya del suelo, junto a un «bungalow» abierto de par en par. Lo demás era fácil de imaginar para Duncan Parks.

Sin perder un solo momento, flexionó sus poderosos músculos. Encogióse. Luego saltó elásticamente, en el momento en que el turborocket, todavía a marcha lenta, despegando, pasaba rozando el borde de la terraza superior.

Las manos de Duncan se cerraron sobre el doble patín de aterrizaje del vehículo espacial. El cohete siguió adelante, empezó a acelerar... ¡y Duncan iba colgando de él, como un pelele suspendido en el vacío!

El turborocket se alejó por el negro intenso de la noche lunar. Duncan, soportando el contacto con el vacío, contenía la respiración, para mantener el mayor tiempo posible el aire en sus pulmones.

No podía seguir allí. Como buen buceador que era, resistiría sin aire, pendiente en el vacío, hasta un par de minutos. Ni un segundo más. En ese tiempo era preciso hacer algo. Entrar, como fuese, en el turborocket.

Flexionó entre los patines de aterrizaje y despegue. Eran de acero y muy afilados. Si le tocaban con fuerza, podían romperle los brazos o manos. Eludió cualquier contacto peligroso con ellos, y tomó impulso, sujeto siempre a los soportes.

El rocket aumentaba su velocidad. Los ocupantes no podían sospechar el lastre que llevaban allí. Y Duncan, para quien la vertiginosa velocidad era otro terrible peligro, se estiró tras el impulso, soltó una mano y la logró sujetar a la parte inferior de la portezuela lateral del vehículo del espacio. Con el pie,

afianzó la precaria posición.

No podía respirar, expulsar de sus pulmones el aire almacenado, y eso lo dificultaba mucho más aún.

Por fin, con un nuevo, violento impulso, soltó la otra mano y la aferró al mismo borde inferior de la portezuela. No había mejorado en estabilidad, pero sí en proximidad a la entrada del vehículo espacial.

Ahora bastaría otro impulso. Pero era un impulso sumamente grave. Podía fallar, y todo se perdería. Caería al vacío, sobre la superficie lunar, lo cuál era la muerte cierta e irremediable. O lograría penetrar en aquel vehículo que conducían sus enemigos, donde con toda seguridad llevaban a June Raymond, muerta o prisionera... y tal vez también esa segunda posibilidad significara la muerte para él. Incluso ignoraba con cuántos y con quienes tendría que enfrentarse, en duelo desesperado.

Pero era preciso. Tenía que jugárselo en aquel momento.

Todo... o nada.

CAPÍTULO IX

EL FIN



UÉ podremos hacer con ella ahora? —interrogó abruptamente el hombre que conducía el turbocohete.

—¿Con la chica? —Cordell rio entre dientes—. Pues como con todos los demás.

—Es una mujer.

—¿Y qué importa? Los esclavos también necesitarán una mujer. Será divertido. Y también puede trabajar. Le buscaremos trabajo en el Asteroide.

—Allí todo el mundo trabaja —opinó el tercero con voz helada, desde su asiento, en la popa del vehículo—. Pero ella es una chica muy bonita. Puede ser, ciertamente, una esclava. Con una ligera diferencia: será mi esclava.

—Entiendo —gruñó Cordell—. Muy bien. Usted es el patrón. Usted manda.

—De acuerdo entonces... —el hombre del asiento posterior miró hacia el muro lateral de la nave—. Me pareció oír un ruido antes, en la cabina exterior del turborocket...

—No sería nada. Quizá no cerré bien —dijo Cordell—. Todo fue muy deprisa, para que salieran las cosas bien. Es probable que oscile la puerta. Ahora iré a ajustarla.

—Cordell, ¿crees que pudieron terminar con Duncan? —inquirió el que tripulaba la nave.

—Supongo que sí. Pero hicieron demasiado estruendo. Tal vez hayan levantado la alarma, y les capturen.

—¿Qué sucedería entonces?

—Nada —replicó el tercer personaje, el que parecía tener mando sobre todos—. Tienen en su dentadura una cápsula de veneno. La utilizarán en cuanto se vean en peligro. Y nadie sabrá nada de nada. El secreto del Asteroide X, de sus fabulosas minas de aureplatium, y de la legión de esclavos que trabaja allí para nosotros seguirá siendo un secreto para todos. ¿Quién puede figurarse que ese pedrusco aparente que surca el espacio tenga en su interior un mundo subterráneo, poblado de esclavos que en la Tierra

nadie reclamará jamás y que trabajan para nosotros, extrayendo el aureplatium que luego vendemos a buen precio en los mercados mundiales?

—Nadie, ciertamente —rio Cordell—. ¿Cuándo será la próxima remesa a vender?

—El mes próximo. Serán tres mil gramos esta vez. Lugar de la operación. Centroamérica. Eso hundirá el mercado mundial de este mineral. Pero para entonces seremos ricos.

—¿Y cuándo lo seamos? ¿Qué se hará del asteroide, de los esclavos allí encerrados, de todo lo que hemos realizado, jefe? —preguntó Cordell.

—Se destruirá —rio cruelmente el otro—. Dentro hay explosivos suficientes para hacer pedazos el asteroide. Los científicos lo atribuirán a un estallido natural. La policía espacial ni siquiera investigará. No es un asesinato que un asteroide deshabitado e inútil estalle de pronto. Nadie sospecha de cosas así...

—Es cierto —Cordell se encaminó a la puerta neumática, de paso a la cabina de descomprensión exterior—. Voy a ajustar esa puerta, si es que no está bien encajada. Aunque tal vez hayan sido simples figuraciones suyas, patrón.

—Será mejor que lo compruebe —dijo el jefe.

Desapareció Cordell tras aquella puerta. El vuelo parecía seguir normal. Al menos, para el piloto conductor, para el jefe del grupo, y para June, inconsciente, tendida en una litera, bien ligada y amordazada.

Pero allá fuera, en la cabina de descompresión, Stuart Cordell se había encontrado con una desagradable sorpresa.

De súbito, ante él había emergido un personaje inesperado, saliendo de detrás de los tubos del reactor lateral. Cordell lanzó una imprecación que no podía llegar a la cámara interior, amortiguada por las paredes neumáticas:

—¡Duncan!

—Sí, resucitado. Soy Duncan —replicó fríamente el agente de la SIP, erguido frente a él, arma en mano. Su serenidad, al guardar el arma en su pantalón, antes de aferrarse al rocket en marcha, le permitía ahora ser dueño de la situación—. He oído todo lo que hablabais, por el conducto del oxígeno. Ahora sé la clase de juego que realizáis. Ahora he llegado al fin de este misterio diabólico, de tantas cosas inexplicables e inexplicadas como había. Yo buscaba una sola organización... sin pensar que me enfrentaba a «dos». Una, dedicada a explotar unas minas ocultas de aureplatium. La otra, aquella que proporcionaba esclavos, seres humanos sometidos, para trabajar esas minas. Debí darme cuenta cuando mi jefe dijo que ya no existía la esclavitud. Estaba en un error. Persiguiendo a traficantes de minerales preciosos, hallamos otro mercado, otro tráfico más siniestro y espeluznante. ¡Seres vivos, vendidos como mercancía! Hombres fuertes y capacitados, contra su voluntad, a trabajar en las minas de un asteroide, hasta ser luego asesinados

cobarde, vilmente, al extinguirse el negocio.

—Duncan, vale más que se entregue y salvará la vida. No va a lograr nada en absoluto, es muy poco usted solo contra todos nosotros... —avisó asustado Cordell.

—Seguro que les iría bien. Otro esclavo a las minas, ¿verdad? —rio Duncan fríamente—. No, Cordell. Soy un agente de la SIP. Y en nombre de la ley, tengo que hacer esto.

Obró con una celeridad que Cordell no pudo prever. Duncan había leído ya previamente en sus ojos que tenía la intención evidente de atacarle, de defenderse rabiosamente de él.

Duncan se limitó a dar un paso más hacia Cordell, y adelantado su brazo armado, pegó con el largo cañón de metal rojo en el mentón del «resucitado».

Éste rodó por el suelo sordamente. Quedó inmóvil. Duncan, con sangre fría, apretó la culata de su arma. Luego, resueltamente, se movió hacia la puerta de la cabina.

La abrió de golpe. Se volvió hacia él el hombre sentado en la popa. Intentó levantarse, aferrar su arma, un fusil térmico, apoyado junto a él.

Duncan era inexorable. Y sabía que estaba, precisamente, ante el jefe de la organización de traficantes de aureplatium, Ante un asesino vil y despiadado. Apretó el revólver de disparo cuando el jefe gritaba:

—¡Usted! ¡Duncan, maldito...!

Brotó la bala explosiva. No quedó mucho del que fuera jefe de la organización. El piloto de la nave, al volverse, se encontró con el arma de Duncan asestada hacia la sien. Se estremeció, vacilante, y Duncan le avisó:

—Vamos, amigo. Adelante. En marcha hacía, ese asteroide. Vamos a libertar a toda una legión de esclavos tiranizados. Vamos, utilice la tele-radio. Vamos a llamar a las patrullas de la SIP para que vengan en nuestra ayuda. Si obra sin resistir, es posible que se libre de la «silla electrónica»... —luego Duncan dirigió una mirada de profunda aversión al hombre muerto, destrozado por su carga explosiva—. Vuestro jefe, Hans Dekker, el que era capataz de Van Buren, en apariencia, y en realidad amo de los más fabulosos yacimientos de aureplatium, ya no existe. De modo que más os vale ser dóciles, para evitar peor castigo...

Por fin, sus ojos se clavaron en June Raymond, inconsciente sobre la litera. Se suavizó su expresión endurecida. Y mientras el piloto, asustado, cedía a sus demandas empezando a llamar a las patrullas de la SIP. Duncan musitó, sin apartar sus ojos de June:

—Mi pequeña June, querida... Ya estás a salvo de esos cobardes...

* * *

Rufus Elwood lanzó una exclamación de asombro.

—¡Duncan Parks y June Raymond! ¿Ustedes de nuevo? Ahora nadie les ha llamado. ¿Han vuelto a renunciar a sus vacaciones, muchachos?

—Tuvimos que hacerlo, obligados por las circunstancias, doctor Elwood —sonrió Duncan—. Los traficantes de aureplatium nos atacaron. Intentaron matarme a mí, y secuestraron a su enfermera.

—¡Cielos! ¿Eso es cierto? —se alarmó el doctor, mirando a June.

—Sí, doctor. Es cierto. Duncan me salvó, con riesgo de su vida. Saltó a un cohete espacial en marcha, derrotó a tres hombres, y luego logró llegar al punto secreto donde había aureplatium por kilogramos.

—¿Es posible? —Elwood parpadeó, incrédulo—. ¿No me están engañando ustedes con un cuento infantil, Duncan?

—Claro que no. El Asteroide 21 era el lugar donde Hans Dekker, un ambicioso que ocultaba su personalidad bajo una apariencia honrada y tosca, había logrado encontrar un yacimiento fabuloso de ese mineral. Dekker también era un exconvicto, y empezó a reclutar antiguos presidiarios para que le ayudaran en su juego. Algunos, como Stuart Cordell, se prestaron a ello. Otros, como Hendrick y algunos más no lo aceptaron, y fueron añadidos a la legión de esclavos que Dekker tenía trabajando brutalmente en las minas del Asteroide X.

—Parece una historia fantástica, algo increíble que no puede suceder en el mundo real en que vivimos, Duncan...

—Sin embargo, era cierto. ¿Quiere oír el resto, doctor Elwood?

—Sí, por favor.

—No hay mucho que contar. Todo era más simple de lo que parecía. La aureplatium, ciertamente, provoca una enfermedad, aparentemente grave. Las quemaduras en las manos, efecto de someterlas mucho tiempo diario al contacto del mineral... y una dolencia parecida a la peste, pero que «no es mortal en ningún caso».

—¡Cielos, eso sí que no! Todos los pacientes que tuve con esa enfermedad murieron aquí, usted lo sabe...

—Yo sólo sé, doctor Elwood, que «parecían muertos». Y que usted aseguraba que iban a un horno crematorio. Pero lo cierto es que Cordell, uno de los «muertos», vivía y colaboraba con Dekker activamente. Otro, Hendrick, estaba recluido en las minas del Asteroide X, y ahora, junto con otros muchos, como Álvaro, O'Rilley, Scholtz, etcétera, han vuelto a sus casas, tras la terrible aventura vivida, que les hará olvidarse de volver a intentar trabajos clandestinos.

—Pero Duncan, no le entiendo. ¿Qué pretende usted sugerirme con ese disparate? —inquirió el doctor Rufus Elwood, con, la faz intensamente pálida.

—La verdad, doctor. La razón de que «todos» los pacientes vinieran a Melbourne, a su clínica precisamente... de donde salían ya curados de su mal,

pero en un estado cataléptico, producido por una droga, de regreso al Asteroide X, al que usted había «proporcionado la legión de esclavos con todos los que parecían morir aquí durante meses enteros». Esos cuerpos, que aparentemente no tenían vida, eran remitidos a buen precio a Dekker. ¡Usted, doctor Elwood, es el traficante del más cruel e inhumano de los negocios! ¡Usted vendía carne humana, seres vivos y fuertes, para trabajar las minas secretas de Dekker!

—¡Mientes! ¡Eso es falso, disparatado, grotesco!

—¿Sí? Entonces ¿cómo explica que precisamente el fantástico Aaron Wessel, que contrató a Hendrick y a otros, fuese precisamente un nombre que usted vio aquí, en Melbourne, en un anuncio, frente al almacén que utilizaba para guardar a sus hombres, tras la salida desde aquí a un vehículo especialmente situado donde usted dice que está el horno crematorio, bajo el depósito de cadáveres? ¿Cómo explica que al ir yo a aquel almacén, visita que solo June y usted conocían, me esperasen, perfectamente emboscados? ¿Cómo explica que usted supiera que yo me presenté a June como reportero, si jamás se lo especifiqué así, salvo que tuviera espías a bordo del turborreactor hacia la Luna, con misión expresa de vigilar a June, por si hablaba más de la cuenta? ¿Cómo, en fin, justificar que todos los que murieron oficialmente en su clínica gocen de buena salud ahora, aunque tengan que curar lentamente de la intoxicación metálica del aureplatium?

—¡Maldito Duncan, cerdo asqueroso! —aulló Elwood rabiosamente, incorporándose de un salto, con los ojos desencajados y la expresión descompuesta—. ¡Le mataré! ¡No saldrá de aquí con vida, ni June Raymond tampoco, para que nadie pueda saber nunca...!

Había extraído un arma de su bata blanca, y con ella, frenético, apuntaba a la joven pareja.

—Hace mal —dijo fríamente Duncan—. Ya no puede hacer nada. Su clínica está siendo ocupada por hombres de la SIP. Terminará en la «silla electrónica». Y aún será poco castigo para un monstruo como usted, que hizo de su profesión vehículo para enriquecerse ilícitamente, jugando con vidas humanas abyectamente...

El doctor, en el paroxismo de su cólera, aulló:

—¡No me importa cuál sea mi fin! ¡Pero usted morirá también, Duncan! ¡Lo llevaré conmigo a la eternidad, maldito sea, y...!

De súbito, de su mano escapó el arma, reventando por un impacto explosivo. Retumbó la detonación, el doctor Elwood chilló, contemplándose la mano ensangrentada.

—Mal hecho, doctor —dijo una voz serena desde la entrada—. ¿Cree que Duncan Parks, uno de los mejores agentes de la SIP, iba a ser tan ingenuo de arriesgar su vida y la de la señorita Raymond para acusarle a usted abiertamente de sus crímenes e infamias?

Rufus Elwood miró hacia Donald Callowan, jefe supremo de la SIP. Era el autor del certero disparo.

Había entrado, seguido por varios agentes más de la Spacial International Police.

—Malditos todos... —jadeó, vencido, contemplándose su destrozada mano.

—Usted buscó su propio fin, con ese negocio sucio y ruin, doctor Elwood —dijo Duncan, sujetando contra sí a la impresionada June—. En cuanto me asaltó la idea de que no sólo Cordell, sino también los demás «muertos» podían seguir con vida, comprendí cuál era el sistema ingenioso seguido por ese monstruo en su clínica. Lo demás era ya fácil.

—Fácil, porque usted hizo lo más difícil, Duncan —sonrió Callowan—. Recuérdeme que le mencione para un ascenso importante en su carrera, muchacho.

Duncan negó lentamente con la cabeza.

—Me temo que no voy a necesitar ese ascenso, señor —dijo tras un silencio.

—¿Eh? —Callowan le miró, sorprendido—. ¿Qué quiere decir?

—Creo... creo que me he ocupado de mi último caso.

—¿Su último caso? ¿Por qué?

—Verá, señor. Yo... he pensado que...

—¡Oh, no me diga más! —cortó Callowan, irritado, guardándose de nuevo el cigarro que iba a morder para disponerse a fumarlo, mientras sus hombres se llevaban a Rufus Elwood—. ¡No me dirá... que piensa «casarse»!

—Es justamente lo que estaba pensando, señor.

—Evidentemente, amigo Parks, no hay quien entienda a ustedes, los jóvenes. Después de demostrar toda su valía como agentes... renuncian a su labor y se casan. ¡Cielos, uno nunca aprende lo bastante!

Se encaminó, con paso enérgico, hacia la puerta. Ya en ella, se volvió hacia June y Duncan. Su gesto había cambiado. Sonreía. Les guiñó un ojo y declaró con ironía:

—Bueno, muchachos. Después de todo... la verdad es que sabía que eso terminaría así. ¡Enhorabuena!

Y, volviendo a extraer el cigarro, cortó la punta de un mordisco, y se dispuso a encenderlo.

June y Duncan, sonrientes, se miraron al fondo de los ojos.

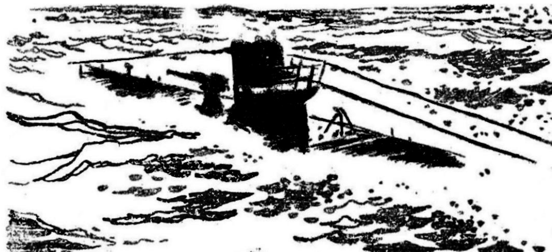
Todo lo demás había dejado de tener importancia o valor para ellos.


FiN

COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
57.— ¡S.O.S., Tierra!.— *Johnny Garland*
58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
59.— Space boys.— *W. Sampas*
60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
63.— Cadáveres incompletos.— *W. Sampas*
64.— Asesinos en la Tierra.— *W. Sampas*
65.— Poder infernal.— *Alan Star*
66.— Ladrones de tumbas.— *W. Sampas*
67.— Piratas submarinos.— *W. Sampas*
68.— ¡Ultimátum! .— *Alan Star*
69.— Ojo por ojo.— *Alan Star*
70.— Huellas sobre la arena.— *W. Sampas*
71.— ¡Pánico! .— *Johnny Garland*
72.— Sinfonía en luger sostenido.— *W. Sampas*
73.— El legado de un «gangster».— *Alan Star*
74.— Tráfico siniestro.— *Johnny Garland*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

El uranio que contenía aquella maleta no detendría sus radiaciones, por eso Tommy Cummings sabía, cuando salió del despacho de Callowan, que era un...

VOLUNTARIO PARA MORIR

Precio en España: 7 ptas.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

[redacted]

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 11 pesos.